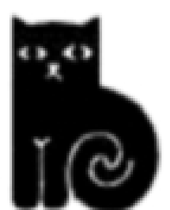



# COLISION DE TIEMPOS

Clark Carrados

CIENCIA FICCION





# La conquista del ESPACIO

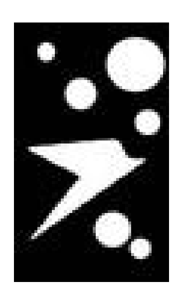
## ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

557 - El ojo galáctico - *Ralph Barby*.
558 - La batalla de Sarkamat - *A. Thorkent*.
559 - El robot que quiso ser rey - *Glenn Parrish*.
560 - El peligro latente de Mhurg - *A. Thorkent*.
561 - Prodigio en Kronkay - *Kelltom McIntire*.

# CLARK CARRADOS

# COLISION DE TIEMPOS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.°
562
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-8
Depósito legal: B.8.896 – 1981

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: diciembre 1981
1.ª edición en América: junio, 1982

pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1981

# CAPITULO PRIMERO

El coche se le cruzó inesperadamente y el sargento Evans tuvo que realizar una violenta maniobra para evitar la colisión, que habría podido resultar de funestas consecuencias. Shorty Evans maldijo al importuno que se le había atravesado en la ruta y trató de enderezar nuevamente su automóvil.

El vehículo al que perseguía se había perdido de vista. A Evans no le preocupaba por el momento; hacía escasas semanas que le habían instalado el detector automático y lo había puesto en funcionamiento, apenas lanzado en persecución del otro coche. Ahora podría localizarlo en cualquier punto, estuviera donde estuviera, siempre que la distancia no fuese superior a tres kilómetros a la redonda.

Y el otro coche no le había sacado tanto terreno. Era bueno, del último modelo, sí, pero no tanto como el suyo. Evans había hecho que le «trucasen» el motor y realizasen algunas pequeñas modificaciones en la carrocería, con el resultado de que, en condiciones ideales, habría podido dejar atrás sin dificultad a un «Fórmula I» de los años 80.

El pitido del detector empezó a sonar. Evans viró, se metió por una ancha avenida y el pitido subió de tono. Estaba en el buen camino.

Aceleró. En el cuadro de mandos, empezó a brillar una luz intermitente. Sí, ya tenía el otro coche a su alcance.

Salió de la avenida. La ciudad quedó atrás. El detector le indicó, por medio de una grabación de voz humana, que la distancia al otro coche era de unos dos mil quinientos metros.

Pisó el acelerador a fondo y el motor respondió con un rugido silencioso, desencadenando toda la

potencia de sus quinientos caballos. La alarma silenciosa y automática hacía que los otros coches se apartasen por sí solos, dejándole el paso libre. Ahora, en la autopista, en franquía, ya no había peligro de colisiones.

Maldijo a la conductora del automóvil perseguido.

—¿Es que nunca va a aprender? —barboteó coléricamente.

Esta vez, se dijo, Audrey Brand se había pasado. Le había tolerado algunas pequeñeces, no sabía por qué extraña debilidad, pero ahora estaba decidido a «enchironarla» para un montón de años. No podía permitir que se saliera con la suya.

Audrey Brand, la «Piernas Largas», no sólo porque las tenía realmente, sino porque sabía y podía correr como pocos. En la mayoría de ocasiones en que un policía había intentado atraparla, corriendo tras ella, Audrey había conseguido escapar casi siempre.

En esta ocasión, sin embargo, la tolerancia se había acabado. Evans no podía permitir que Audrey se llevase la diadema de platino, brillantes, esmeraldas y rubíes de Geraldine Van Kotterdam. No, porque, aparte del valor de la joya, Geraldine era su prometida y la boda se iba a celebrar dentro de dos semanas.

Ganó terreno. Ya podía divisar en lontananza el automóvil amarillo de la ladrona. De pronto, el detector le indicó que Audrey había tomado una salida de la autopista.

Evans la siguió puntualmente. Ella se alejaba por una carretera secundaria. Evans se preguntó si se habría dado cuenta de que era perseguida. Sí, claro, se respondió de inmediato; la alarma silenciosa habría funcionado también en el coche amarillo.

Ahora estaba ya solamente a unos quinientos metros. Sin poder contenerse, lanzó una imprecación:

—¡Párate! ¡Párate de una condenada vez!

Naturalmente, la ladrona no le podía oír. Inesperadamente, el coche amarillo ejecutó un cerrado viraje y se metió por un camino de tercera categoría.

Evans, sorprendido, rebasó el empalme. Frenó, retrocedió, golpeó el volante a su derecha y pisó el acelerador. El coche saltó hacia delante como un caballo al recibir el espolazo de su jinete.

El camino era angosto y discurría entre una doble hilera de álamos y chopos, muy frondosos. Dos minutos después, Evans volvió a divisar el coche amarillo.

Sentíase desconcertado. ¿Adónde diablos se dirigía Audrey? Aquel camino, por lo que podía recordar, no tenía salida. Terminaba a unos cuatro kilómetros del empalme, en un conjunto residencial, compuesto por una veintena de «villas». Audrey no podría esconderse allí...

—A menos que la esté aguardando un helicóptero —dijo, estremeciéndose ante la posibilidad de perder a la fugitiva.

Había radiado el avistamiento a la Jefatura. Si volvía con las manos vacías, le «calentarían» las orejas. Los gritos de Geraldine, su prometida, se dejarían oír en los antípodas.

Aceleró aun más todavía, a riesgo de dejarse el pellejo en alguna de las curvas. Allí no había barreras magnéticas de contención, que evitaban automáticamente los accidentes por despiste y salida de la carretera. El choque sería genuino, auténtico, como en los viejos tiempos del automovilismo.

El camino ascendía serpenteado por la ladera, pero, de pronto, alcanzó un sector nivelado, sin curvas, de casi mil metros de longitud. Allí había niebla.

Era extraño. Tenía que haber visto antes la niebla. Le pareció que acababa de surgir como por

arte de magia. El coche amarillo estaba ya a sólo cien metros, pero a punto de meterse en la niebla.

Súbitamente, lo vio desaparecer. Evans encendió todos los faros y se adentró, sin vacilar, en la niebla.

Entonces, creyó hallarse en un lugar donde habían desaparecido todas las sensaciones. A pesar del funcionamiento silencioso del motor, siempre había un poco de ruido. Ahora ya no se percibía el menor sonido, pero el coche seguía avanzando a través de aquella espesa e impalpable barrera gris que no dejaba penetrar en absoluto el menor rayo de sol.

Inesperadamente, oyó un grito de terror.

—¡Oh, Dios, ya se la ha «pegado»! —exclamó, sin poder contenerse.

Apenas un segundo después, se vio saliendo de la barrera de niebla. La luz era deslumbrante... pero el camino se acababa de forma brusca y empezaba una ladera herbosa, con una pendiente de unos 25 grados.

Pisó el freno con todas sus fuerzas. Mientras el coche rodaba sobre la hierba, dando tumbos a causa de las pequeñas irregularidades del terreno, entrevió el automóvil amarillo a unos doscientos metros, parado al pie de la pendiente, con el morro junto a un árbol.

Otro árbol salió a su encuentro, pero logró esquivarlo de forma milagrosa. Entre crujidos, chirridos y protestar de la carrocería y la suspensión consiguió al fin detener el automóvil.

Audrey estaba aún en el suyo, tocándose la frente con un pañuelo, algo aturdida, según parecía. Evans se olvidó en aquellos momentos de toda la antipatía y el rencor que sentía hacia la ladrona y corrió hacia ella.

—¡Audrey! ¿Estás bien? —-exclamó ansiosamente.

La ladrona volvió el rostro un momento y emitió

una sonrisa desvaída.

—He recibido un pequeño golpe, pero, por lo demás, tengo todos los huesos intactos, sargento —contestó—. A usted también le despistó la niebla, ¿verdad?

Evans hizo una mueca.

—¿Quién diablos iba a esperar una cosa así, en estos parajes, en pleno verano y casi al mediodía? —Se apoyó negligentemente en la portezuela y sonrió—. Bien, «Piernas Largas», al fin te he cazado.

Audrey suspiró.

—Soy suya, sargento.

Evans respingó.

—No digas tonterías. No sacarás nada con eso, ¿entiendes?

—Pero, sargento, estoy diciendo la verdad. Soy suya... su prisionera, claro.

—Mira, Audrey, esta vez te has pasado de rosca, confiésalo. Yo habría cerrado los ojos, aunque se hubiese tratado también de mi prometida, pero esa diadema.». ¡Por Dios, vale unos seiscientos mil dólares! Demasiado...

—Para ella, una fruslería. Claro que son puntos de vista... Lo que no he comprendido nunca es que una chica podrida de dinero, perteneciente a una de las «cuatrocientas familias», haya podido enamorarse y aceptado casarse con un vulgar sargento de Policía. Y perdone lo de vulgar, porque no es más que una expresión y usted se sale de lo corriente.

Evans sonrió.

—Precisamente, porque me salgo de lo corriente, se ha enamorado de mí —contestó, abriendo la portezuela—. Encanto, ya enviaremos la grúa a remolcar tu coche. ¿Tienes la bondad de alargar tus bien torneados brazos, para adornar las muñecas con dos preciosas pulseras, obsequio del Estado?

—¡Qué remedio! —suspiró la ladrona.

Las esposas se cerraron el torno a las muñecas de Audrey. Evans la contempló fijamente durante un segundo.

Era una joven alta, muy esbelta, de movimientos felinos y con la figura de una prima donna de ballet. El pelo era de color rojizo, leonado, muy corto, y los ojos, a veces, parecían realmente los de un tigre. La indumentaria que llevaba, una especie de mono muy ajustado, de suave ^olor fucsia, contribuía a acentuar los innegables atractivos dé su silueta.

—Audrey, Audrey —dijo Evans, rompiendo al fin el breve silencio en que habían caído—, ¿por qué haces esto? Tienes aptitudes, cuerpo, rostro, inteligencia, eres despejada, activa... y tienes que robar para vivir...

—Una vez, otro sargento me dijo que yo vivía para robar. Son puntos de vista, ¿no le parece?

Evans pateó la hierba, furioso.

—Me gustaría poder hacer algo —exclamó—. Si supiera que es tu último golpe, cerraría los ojos, devolvería la diadema... y diría que tuve un accidente y que pudiste escapar. Hasta te daría algo de dinero, para que te marchases y empezases una nueva vida en alguna parte, lejos de aquí. Pero sé que volverías a robar, apenas se te presentase la ocasión... y tú no eres una cleptómana, lo que quiere decir que no estás enferma.

—Al contrario, estoy sanísima —rió ella.

—¿Lo ves? No das muestras de arrepentimiento… Bueno, ¿para que continuar hablando? Te llevaré a Jefatura, redactaré el Informe... y ya se las entenderá tu abogado con el juez.

El bolso de Audrey estaba en el asiento delantero. Evans la dejó un instante y alargó el brazo. Cuando se incorporaba, con el bolso en la mano, oyó un agudo chillido.

—¡Sargento! ¡A mí me pasa algo! —gritó la joven—.

# CAPITULO II

Evans se acercó a la ladrona y le dio una palmadita en los hombros.

—Vamos, vamos, no eres ningún fantasma... Je, je... Dos sombras; ni que hubiera dos soles...

De pronto se calló.

Tragó saliva. Su nuez subió y bajó varias veces.

Audrey tenía dos sombras. Y él también.

Y los árboles y las matas y todo cuanto tenía a la vista, incluidos los dos automóviles.

Evans se miró a los pies.

A veces, asistía a partidos de fútbol que se celebraban por la noche. Los jugadores, iluminados por los reflectores, corrían de un lado para otro. Había cuatro baterías de focos en los ángulos del estadio y podía ver cuatro sombras de cada jugador.

Ahora, a él le sucedía lo mismo, aunque sólo tenía dos sombras, pero no tan divergentes como las producidas por los reflectores de un estadio. El ángulo formado por las dos sombras causadas por la opacidad de su cuerpo tenía unos 20 grados, aproximadamente.

Audrey le miraba, muy pálida. Evans tendió la vista hacia lo alto de la ladera.

La niebla había desaparecido. Allá arriba, el paisaje era distinto. Ya no se veían los álamos y chopos que flanqueaban el camino por el cual habían corrido tantos minutos antes.

Volvió la cabeza. A unos cinco kilómetros de distancia, espejeaban las aguas de un pequeño lago, que él sabía no existía en aquellos parajes. En la colina cercana, no se divisaba el menor rastro de las veinte «villas» que componían el conjunto residencial

donde había llegado a pensar iba a esconderse su prisionera.

Al fin, se atrevió a levantar la vista. Fue sólo un instante y enseguida cerró los ojos, pero, a pesar de la temperatura, sintió frío.

—Audrey, hay dos soles.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí, Shorty? —preguntó ella, aterrada.

La doble sombra persistía. Evans alargó un brazo. Daba dos sombras en el suelo. Su mano proyectaba las sombras de diez dedos.

—Audrey, ¿quieres que te diga lo que pienso? —murmuró al cabo.

—Sí... Cualquier cosa es preferible a la incertidumbre...

—Pues mira, casi preferiría la incertidumbre. Me gustaría saber que estoy perdido, pero en la Tierra.

—Estamos en la Tierra, Shorty.

—La Tierra no tiene dos soles, encanto. Esto no es la

Tierra.

Audrey se puso pálida. Repentinamente, antes de que pudiera decir una sola palabra, se oyó un aterrador silbido.

Algo invisible aulló por encima de sus cabezas. Aquel horrible silbido concluyó en una fragorosa explosión a menos de cien metros de distancia. Evans contempló estupefacto el cono invertido de tierra y humo que se elevaba del lugar del impacto.

Casi en el mismo instante, se oyó otro sonido. Evans lo conocía prácticamente por películas, pero lo identificó en el acto.

—¡Un tanque!

El ruido se acentuó. Bruscamente, a doscientos pasos de distancia, asomó la mole del blindado, surgiendo del fondo de una vaguada, apenas perceptible desde aquel lugar.

Evans no se preguntó qué sucedía, sino que supo

que podían pasarlo muy mal si seguían en aquel lugar y, agarrando por el brazo a la joven, echó a correr.

—Audrey, demuestra que tu apodo está justificado —exclamó.

Ella no se hizo rogar y, a pesar de que continuaba esposada, corrió tan rápidamente como su captor. De pronto, Evans divisó una especie de zanja y se lanzó al fondo.

—¡Aquí!

Audrey se tendió en el suelo, a su lado. Mientras corrían, se habían producido varias explosiones más.

El tanque era monstruosamente enorme. Era poco más que una gigantesca plataforma con dos larguísimas filas de ruedas, relativamente pequeñas, sin cadenas, pero que se amoldaban con toda exactitud a las menores irregularidades del terreno. Sobre la plataforma sustentadora, había una especie de cubículo redondeado, no mayor de un metro, con una ranura, en el que Evans supuso iba el conductor.

La torreta estaba detrás; semiesférica, de unos quince metros de diámetro, con dos largos cañones gemelos hacia el centro y un saliente en la parte superior, en el que se veía otro cañón, más pequeño. El cañón aislado podía girar independientemente de la torreta, aunque ésta se moviese en busca de blancos para las dos piezas gemelas.

Repentinamente, se produjo un horrísono silbido, seguido de una espantosa explosión. Evans sintió deseos de llorar.

—¡Mi coche! —gimió, al ver el automóvil que volaba por los aires, hecho pedazos.

* * *

El automóvil de Audrey siguió la misma suerte un segundo más tarde. Curiosamente, el tanque no

había hecho aún ningún disparo.

De pronto, Evans y la joven oyeron gritos lejanos.

Evans se volvió a la zanja.

—¡Asombroso! —exclamó.

—¡Esto es la guerra! —gritó Audrey.

A quinientos metros de distancia, se veía una espesa masa humana, que avanzaba resueltamente hacia el tanque. Todavía estaban muy lejos, sin embargo, para poder captar detalles de su uniforme y armamento, pero no cabía duda de que aquellos hombres formaban parte de un ejército.

Había unos tres mil, calculó Evans. Un regimiento, según los módulos terrestres más comunes. Veía a los oficiales correr delante, gritando y dando ánimos a sus hombres y también divisó un par de extrañas banderas, encabezando las densas hileras de atacantes. De súbito, los cañones del tanque abrieron fuego.

Evans se quedó atónito. Calculó que el calibre de aquellas dos piezas gemelas no era inferior a los ciento cincuenta y cinco milímetros, pero, sin embargo, disparaban con una rapidez de tiro verdaderamente impresionante. Ciento veinte por minuto, cada pieza, suponían doscientos cuarenta proyectiles en sesenta segundos.

Las explosiones empezaron a surgir entre las filas atacantes, despedazándolos y enviándolos deshechos a lo alto. Pero los sobrevivientes seguían, inmutables ante las bajas, en una especie de carga suicida, que recordó a Evans los ataques de la infantería japonesa en la II Guerra Mundial.

Inesperadamente, la situación pareció cambiar de forma radical.

Alguien disparaba contra el tanque. Una espantosa detonación sacudió la tierra con la violencia de un terremoto. Evans vio elevarse un altísimo hongo negro delante del tanque, cuyo conductor inició una maniobra de retroceso.

Otra granada explotó a diez pasos del morro del blindado, cuya torre, abandonando el objetivo humano, giró hacia su derecha. Entonces, Evans, que iba de sorpresa en sorpresa, divisó un barco en el lago, a unos seis kilómetros de distancia.

Era un buque de guerra, no cabía duda, y apoyaba el ataque de la infantería. La torreta del tanque se orientó y los dos cañones vomitaron una terrible andanada.

Mientras, el cañón de pequeño calibre de la cúspide seguía haciendo fuego, con una cadencia increíblemente rápida. Su boca era una llamarada continua. A Evans le pareció un 20 mm, pero con la rapidez de tiro de una ametralladora de inferior calibre. Volvió la cabeza un instante y vio que las filas atacantes parecían espigas que caían bajo la hoz del segador.

Y, sin embargo, proseguían el avance, sin pensar en los muertos y heridos que dejaban atrás. Las banderas habían caído ya varias veces, pero otros soldados las habían recogido y continuaban adelante.

El tanque disparó una larga salva, con sus cañones de grueso calibre. Evans vio los piques de agua que se producían al estallar las granadas en el agua. Los surtidores se acercaron rapidísimamente al barco, en el que se veía una enorme pieza, situada en el castillo, haciendo fuego con un ritmo mucho más lento.

De repente, una andanada del tanque alcanzó al barco y éste voló, con una aterradora explosión, produciéndose una enorme nube de humo amarillento, que ocultó todo cuanto había en su interior. En el mismo instante, una granada disparada por el buque de guerra llegaba a su blanco.

El estallido resultó aterrador. El tanque se desintegró literalmente, deshaciéndose en millares de fragmentos de metal, que subían a gran altura,

acompañados por infinidad de explosiones de menos potencia, que Evans supuso se debían a las municiones. Luego, una suave brisa empezó a disipar el humo...

Los gritos de los atacantes invadieron el ambiente. Evans vio que detenían su avance y que los equipos sagitarios empezaban a recoger a los heridos, llevándoselos a los puestos de cura con sorprendente rapidez.

Miró hacia el lago. La nube de humo amarillo se disipaba también. Pero ya no se veía el menor rastro del barco.

—Debió de resultar alcanzado en un pañol de municiones —murmuró.

Audrey estaba a su lado, palidísima, temblando de miedo.

—Shorty, esto no es la Tierra... ¿Adonde hemos ido a parar? —sollozó.

Evans inspiró con fuerza. Audrey le había hecho una pregunta a la que no podía contestar.

Transcurrieron algunos minutos. Los equipos sanitarios de los atacantes habían actuado con sorprendente rapidez, llevándose primero a los heridos y luego a los cadáveres de los caídos en combate.

Había vuelto el silencio. Evans se atrevió a ponerse en pie.

Miró a su alrededor. Estaban solos.

El único rastro que quedaba de la batalla eran trozos de metal retorcido, procedentes de la voladura del tanque y los embudos causados por las explosiones de los obuses. Por lo demás, el lugar había recobrado su idílica apariencia: hierba abundante, flores, árboles con frondosa copa... De pronto, se oyó el melodioso trino de un pájaro.

Audrey se había levantado también, pero, al oír la voz del pájaro, se sentó en un pedrusco y empezó a reír y llorar al mismo tiempo.

—Esto es increíble... De repente, estábamos en la Tierra y ahora estamos en un mundo desconocido... Hemos visto una batalla, hemos estado a punto de morir mil veces... han perecido cientos de soldados... y ahora, ese pájaro canta...

Evans se dio cuenta de que los nervios de la joven estaban deshechos y se dijo que debía tranquilizarla como fuera. Lo malo era que no tenía un poco de coñac a mano, ni siquiera una cantimplora con agua.

Pero quizá había un medio...

Inclinándose hacia ella, abrió las esposas y las tiró a un lado.

—Procura calmarte, Audrey —dijo.

Ella le miró con sus grandes ojos ambarinos.

—Shorty, ¿tiene alguna idea de lo que nos ha pasado?

Evans se sentó a su lado.

—No —contestó—. Yo te seguía y nos adentramos en un espeso banco de niebla. Al salir, nos encontramos en este planeta. No tengo la menor idea de dónde estamos ni qué podemos hacer... Aunque hace tiempo oí hablar algo sobre la superposición de dos mundos en dimensiones distintas. La Tierra y este planeta están, por supuesto, en galaxias distintas, pero, por los efectos de la cuarta dimensión, pueden hallarse, accidentalmente, muy juntos, incluso tocándose, aunque sin sufrir daños. Es... es como entrelazar los dedos de las manos. Así se juntan, pero siguen separadas, pese a todo, porque siguen siendo dos cuerpos distintos.

—Entonces, la niebla era el sector de contacto...

—Sí, y ese contacto debió de durar muy poco, porque desapareció a los pocos momentos de haber llegado a este lugar.

—Creo que voy comprendiendo. En distinta dimensión cada planeta, la Tierra y el otro se han

rozado ligeramente, volviendo a separarse a los pocos momentos, y cada uno continúa su órbita inmutable a través del espacio.

—Yo diría que es una descripción muy acertada de lo que nos ha sucedido, Audrey.

Ella se enfadó.

—Tuvo que sucedemos a nosotros, precisamente, en los pocos minutos que duró el contacto. Si no me hubieras perseguido...

—Si no hubieses robado la diadema...

—Tenía que hacerlo —se sulfuró Audrey.

—¿Para malvenderla a algún perista por un puñado de dólares?

—No, pensaba pedirle un rescate.

—No me digas —rió el sargento—. ¿Crees que te lo habrían pagado?

—El padre de Geraldine estafó al mío casi medio millón y lo dejó poco menos que en la ruina. Tienes un suegro que es un tiburón, ¿lo sabías?

—Yo me voy a casar con la hija, no con el padre. Lo que haga éste me importa un pimiento.

Audrey exhaló una sarcástica carcajada.

—Bueno, aquí tenemos a un virtuoso representante de la ley, que no da importancia a lo que pueda robar un potentado. Naturalmente, persigue a los ladronzuelos y rateros...

—Audrey, no me vengas ahora con discursos sociales. Yo no he hecho las leyes; me limito a aplicarlas. Si el padre de Geraldine robó al tuyo, su deber es actuar legalmente y no enviar a su hija a robar una diadema de platino y piedras preciosas.

—Lo hice yo, por propia iniciativa —protestó la joven.

—Eso no me importa. Cometiste un delito; mi deber es entregarte a las autoridades. La ley es así y yo debo cumplirla, y no la puedo modificar a mi capricho. Pero, ¿qué esperabas conseguir? El padre de Geraldine podría comprarle mil diademas como la

que le has robado...

-—Eso ya lo sé, tonto. Pero a la compañía de seguros no le agradaría pagar la indemnización por el robo. Por tanto, presionarían al todopoderoso señor Van Kotterdam para que aceptase mis condiciones. ¿Lo entiendes ahora?

—El papel de bandido justiciero no te va, ni aunque sea en favor de tu propio padre. Porque el reloj de oro de Charles McCandless no era para que éste devolviese algo que no había robado a tu papaíto; ni el collar de perlas de la opulenta señora Venable, ni los cinco mil dólares de la caja de Ernie, el apostador profesional, ni las docenas de carteras que has birlado a inofensivos transeúntes... ¿O es que toda esa caterva de gente había robado a tu padre?

—Bueno —se sonrojó Audrey—, la verdad es que soy una ladrona. Pero pensaba dejarlo, después de este golpe. Además, vosotros, también, tenéis una buena parte de culpa.

Evans se puso las manos en el pecho.

—¿Yo? ¿Nosotros?

—Sí —exclamó ella—. Más de una vez y también cincuenta, me habéis dejado marchar, a cambio de «chivatazos». Tú sabes perfectamente que ese sistema se emplea...

—Basta, no sigas. Particularmente, detesto ese procedimiento, y si te han dejado marchar, no he sido yo, ni lo habría consentido, por muy importante que fuese la información que estuvieras dispuesta a facilitar. Pero me parece que estamos discutiendo algo absurdo en estos instantes.

—¿Cómo?

—Audrey, estamos metidos en un buen lío. Lo que seas tú y lo que yo pueda ser, no tiene ahora la menor importancia. Esto no es la Tierra, nos hallamos perdidos en un planeta desconocido y... ¿tienes alguna sugerencia que hacer sobre el tema?

Audrey se mordió los labios.

—Bueno, aquí, en este mundo desconocido, parece que hay una guerra entre dos bandos. Mi opinión es que deberíamos mostrarnos neutrales... si nos dejan, claro...

# CAPITULO III

Segundos más tarde, se dio cuenta de que no eran insectos voladores, sino personas que montaban en unas extrañas navecillas individuales. Un poco más tarde, empezó a captar aún más detalles.

Las naves eran parecidas a cilindros, con un manillar de dirección y unos huecos anatómicos en los costados, para acomodo de las piernas, ya que aquellas personas viajaban a horcajadas, cabalgando literalmente en aquellos vehículos que, por otra parte, carecían de alas y de ruedas.

Pero la sorpresa de los dos terrestres se hizo aún mayor al darse cuenta de que todos los jinetes de aquellos artefactos eran mujeres.

—¡Cielos, las amazonas! —exclamó Evans.

—Shorty, será mejor que nos larguemos —propuso Audrey, sumamente aprensiva.

—Preciosa, sospecho que no vamos a tener tiempo —contestó él con acento pesimista.

Las amazonas eran, calculó, unos tres centenares y viajaban en perfecta formación, siguiendo a la que parecía su jefe. Todas ellas iban armadas con unas extrañas lanzas, de cuatro metros de longitud, terminadas en un hierro de doble punta, de más de treinta centímetros de largo por cuatro de anchura. Los bordes de aquel «tenedor» de dos púas estaban afilados como navajas de afeitar.

En cuanto a la vestimenta de las mujeres guerreras, era muy sencilla: pantalones, de un tejido

muy recio, cortos, hasta un poco más arriba de las rodillas, y una especie de chaqueta coraza, con los abultamientos necesarios para protección de los senos. Cubrían su cabeza con un casco semiesférico, sin adornos, del mismo tejido, que a Evans le pareció de cuero muy resistente, a excepción de la jefe, cuyo casco era de metal dorado y estaba adornado con dos pequeñas alas en los costados.

La jefe hizo un ademán y la comitiva se detuvo en pocos metros. Evans apreció que era una mujer joven, como de treinta años, bien formada y de abundante pelo negro. Su lanza era más corta y sólo tenía una hoja de más de ochenta centímetros de longitud. Casi no tenía ástil, sino un palo de menos de dos palmos de largo, que le servía de empuñadura.

Los ojos de la amazona, que había detenido su vehículo a un palmo del suelo, escrutaron penetrantemente las figuras que tenía ante sí. Luego hizo una pregunta:

—¿Quiénes sois?

—Yo, Shorty. Ella, Audrey —contestó el sargento.

—Lleváis unas ropas muy extrañas. ¿Sois de Zabal o de Kirtonia?

—De ninguno de esos dos sitios, si es que se refieren a lugares geográficos. Procedemos de un planeta llamado... Pero todavía no nos has dicho quién eres tú —se quejó Evans.

—Soy Tessura, reina —movió una mano—. Este es parte de mi ejército. Nosotros somas las guardianas y custodias del Templo de Poder, del que gentes sin escrúpulos quieren apoderarse, cosa que no consentiremos jamás.

—El Templo del Poder —repitió Evans, estupefacto.

De repente, Audrey lanzó un chillido. Tessura la miró, enojada.

—¿Qué le pasa a tu mujer? —preguntó.

—No es mi mujer...

—¡Shorty, entendemos su lenguaje y ellos nos entienden! —gritó Audrey.

—Naturalmente, en Mahkar todos hablamos la misma lengua —dijo Tessura.

—¡Ah!, este planeta se llama Mahkar —murmuró Evans pensativamente.

El entendimiento lingüístico le pareció en aquellos momentos menos importante que la situación en que se hallaban.

—Así es —contestó la amazona—. Pero, ¿qué estáis haciendo aquí vosotros?

—Pues... vinimos de nuestro planeta, Tierra, y nos encontramos en medio de una batalla sangrienta, con cientos de muertos y heridos...

—Por eso estamos nosotras aquí. Hemos venido a ver si quedaba algún superviviente.

—Se los llevaron todos.

—Entonces, han salvado la vida.

Evans levantó las cejas.

—¿Pensabais rematarlos?

—No damos cuartel a los que quieren arrebatarnos el Templo del Poder, sean de Zabal o de Kirtonia. Hace decenas de generaciones que lo cuidamos y nadie conseguirá que lo abandonemos.

—Muy bien, no seremos nosotros quienes intentemos quitaros lo que os pertenece —dijo Evans —. Nuestro deseo es vivir en paz con todo el mundo, sin tomar parte en sus querellas, sin inmiscuirnos en sus asuntos...

Tessura le miró suspicazmente.

—Sospecho que no dices la verdad, extranjero —habló con aspereza—. Tus ropajes no inclinan precisamente a dar crédito a tus palabras. Apuesto algo a que sois espías que los zabalianos han dejado tras de sí, en su retirada. O puede que seáis de Kirtonia...

Evans se alarmó.

—Somos terrestres y no tenemos nada de espías —contestó vivamente.

Audrey se echó a reír.

—A veces, te comportabas como un espía, cuando te daba por seguirme a sol y a sombra —dijo.

—No hables así...

—De modo que es un espía —gritó Tessura—. ¡Apresadle! —ordenó.

Media docena de amazonas descabalgaron en el acto. Evans recordó demasiado tarde que tenía un revólver de reglamento, en una funda sujeta a su cinturón. De todas formas, pensó amargamente, ¿qué podía hacer con seis tiros contra trescientas feroces amazonas?

—La has hecho buena, Audrey —dijo, después de que dos de las mujeres le hubieran sujetado las manos con unas esposas muy distintas de las que él había utilizado en ocasiones.

—Pero yo no quería ... Era una broma... —La ladrona se había puesto pálida—, Tessura, escucha, lo que dije no es cierto...

Tessura alzó una mano.

—Está ya decidido —atajó—. Shorty será conducido a presencia del tribunal especial para juzgar ofensas contra una de nosotras y su sentencia se ejecutará inmediatamente, cualquiera que sea.

—¡No! —chilló Audrey.

—Ni yo misma podría revocar esa sentencia. En cuanto a ti, serás una más de nosotras. Si no sabes manejar las armas, se te enseñará, y también te enseñaremos a pilotar nuestras aeromotos. ¡Hemos terminado!

Evans lanzó una furiosa mirada a la joven.

—Ya estarás contenta —dijo—. No podías haber soñado mejor venganza, ¿eh?

Audrey tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Yo... Shorty, te aseguro que no sospechaba

que...

—¡Basta! —gritó Tessura—. Hemos de volver inmediatamente. Encargaos del espía.

Cuatro jóvenes guerreras cargaron con Evans y lo situaron atravesado encima de una de aquellas extrañas motonetas. Audrey , por su parte, cabalgó en la propia aeromoto de Tessura.

—¡A casa!

La orden estalló como un latigazo. Trescientas aeromotos se pusieron en movimiento simultáneamente. Tessura ganó altura, inició el viraje y, una vez tomado el rumbo deseado, lanzó su vehículo a la máxima velocidad posible.

* * *

No era una velocidad excesiva, calculó Evans, mientras viajaba, atravesado sobre la motoneta, como un saco de patatas. Noventa kilómetros por hora, como máximo. En cuanto a la altura, era la suficiente para salvar los obstáculos que representaban los árboles.

En cambio, la trayectoria de aquel batallón era rectilínea. Evans calculó que las aeromotos debían de disponer de un radar de distancias, que les hacía salvar automáticamente los obstáculos de las lomas y colinas que encontraban en su ruta, manteniéndose siempre al mismo nivel. De todas formas, pensó, no dejaba de ser un vehículo cómodo y muy manejable.

El viaje duró poco más de una hora. Al cabo de ese tiempo y después de salvar una montaña de notable altitud, iniciaron el descenso hacia un extenso valle circular, en cuyo centro se veía una colina de forma cónica, rematada por un edificio de color blanco y de contornos copulares. Pero en la base de la colina había un pueblo y fue hacia él donde se dirigió el batallón de amazonas.

El pueblo, apreció Evans, estaba constituido por casas de una sola planta, agrupadas por pequeñas manzanas de cuatro edificios, con anchas y cómodas calles, que formaban una cuadrícula perfecta. En uno de los extremos del pueblo, casi al pie de la loma, se veía una gran plaza porticada, que enmarcaba un edificio de dos plantas y aspecto más lujoso que los restantes.

Tessura dio una orden y la mayor parte de las amazonas se marcharon. Una docena quedaron con ella y las aeromotos se posaron en el suelo, a poca distancia del que Evans supuso debía de ser el palacio donde residía aquella enérgica reina. Dos de las amazonas desmontaron en el acto y le hicieron ponerse en pie.

Audrey también se había apeado. Tessura hizo un ademán.

—Encerradlo, pero tratadlo con todo miramiento —dijo—. Lo que pueda decidir el tribunal no debe constituir impedimento para un tratamiento lleno de corrección. Y no dejéis de llevarle alimento, pero también es preciso tener en cuenta que la puerta de su celda ha de ser constantemente vigilada.

Luego se volvió hacia la joven.

—Acompáñame —ordenó—. Serás mi huésped.

Audrey lanzó una mirada a Evans. Había una gran congoja en sus facciones. Evans, irritado, le sacó la lengua.

Después, dos amazonas le empujaron y, a los pocos momentos, se veía encerrado en un calabozo.

* * *

En cierto modo, las amazonas habían cumplido la orden de su reina. El calabozo, sin ser una estancia de lujo, tampoco era una tétrica celda carcelaria, huérfana de comodidades. Había, era cierto, una

ventana, con una sólida reja y, lo que parecía más importante, un cuarto de baño contiguo. También disponía de un cómodo lecho, una mesa y dos taburetes. No le extrañó, sin embargo, la ausencia de libros o de un aparato de radio o televisión.

Se preguntó cuál podría ser la sentencia del tribunal de ofensas contra las amazonas. Maquinalmente, se pasó una mano por el cuello.

—Me lo rebanarán —masculló.

Apartó aquellos siniestros pensamientos de su imaginación. Todavía estaba vivo.

La puerta de la celda era de sólidas planchas de metal. Evans se preguntó qué clase de civilización era la de las amazonas. Desconocían las armas de fuego, pero usaban aeromotos que funcionaban, al parecer, por antigravedad, incluso con radar de nivel constante. Y no había otros vehículos ni tampoco había apreciado la existencia de animales domésticos, aunque respecto a éstos calculó podrían estar en corrales apartados no vistos desde el aire.

Luego pensó en el Templo del Poder, mencionado por Tessura. Se preguntó cuál sería el exacto significado de aquellas palabras. Dio unos pasos, se acercó a la ventana y contempló el edificio situado en la cumbre de la colina.

Estaría a unos quinientos metros de distancia y doscientos más alto. Sustancialmente, era un cubo de unos noventa metros de lado por veinte de altura, rematado por la cúpula, de un diámetro no superior a los sesenta metros, lo que significaba treinta de altura respecto al cubo. La cúpula, por otra parte, estaba rematada por una brillante esfera, sostenida por un mástil de un metro de diámetro y seis o siete metros de altura.

Apreció gran cantidad de facetas en la esfera, cuyo diámetro estimó en cinco o seis metros. Eran medidas, en cierto modo, aproximadas, dado que carecía de instrumentos. Pero aquel edificio era,

efectivamente, el Templo del Poder.

¿El Poder sobre Mahkar?

¿No se referían a una extraña divinidad, a la cual adoraban las amazonas?

Había dos pueblos en Mahkar, Zabal y Kirtonia, y ambos ambicionaban conquistar el Templo del Poder, y por eso estaban en guerra. ¿Era tan importante la posesión de aquel singular edificio?

De pronto, recordó algo.

La temperatura era excelente. Se quitó la chaqueta y la tiró encima de la cama. El revólver quedó al descubierto. Tras una ligera reflexión, lo sacó de la funda y lo puso bajo la chaqueta. También se despojó de la funda, que podía despertar sospechas entre las amazonas.

—No sé cómo no se les ocurrió registrarme...

Tenía también una pequeña cartuchera con doce balas de repuesto, y la escondió bajo la colchoneta. Luego, diciéndose que había llevado un día bastante movido y que aún tenía encima buena cantidad de polvo procedente de las explosiones de las granadas, decidió darse un baño. Encontró jabón, toallas y otros elementos de aseo, aunque no útiles de afeitar.

—A fin de cuentas, estamos en un país donde sólo hay mujeres —soliloquió.

Cuando salió, vio una bien provista bandeja encima de la mesa. Había carne guisada, verduras cocidas y frescas, frutas, unas pastas semejantes al pan y una jarrita con un líquido amarillento, de un sabor delicioso y de contenido levemente alcohólico. Era un vino muy bueno, apreció poco más tarde.

Terminada la cena, se encendieron varios sectores del techo, con una iluminación muy suave y nada dañina a la vista. La luz duró cosa de una hora, al cabo de cuyo tiempo extinguió casi totalmente. Evans comprendió que le indicaban debía entregarse al descanso y se acostó. Pese a todas sus

preocupaciones, se durmió a los pocos momentos.

# CAPITULO IV

Transcurrieron varios días, con un ritmo de vida monótono, aunque no dañino. Tres veces al día, entraba una amazona y le traía de comer, siempre minutas variadas y sustanciosas. Pese a sus esfuerzos, la amazona no contestó jamás a una sola de sus preguntas. Tampoco pudo saber qué había sido de Audrey.

La habitación era bastante amplia y, para no enmohecerse, decidió realizar ejercicios gimnásticos. Tenía el presentimiento de que le vigilaban por algún procedimiento que le resultaba incomprensible, pero procuró no darlo a entender.

La fuga le parecía imposible. Los cubiertos eran de escasa calidad metálica, aunque apropiados para el fin a que habían sido destinados. No podía soñar siquiera quedarse con un cuchillo o una cuchara para rascar el cemento con que estaban sujetos los barrotes, muy sólidos por otra parte. Por si fuese poco, la guardiana de turno contaba cuidadosamente los cubiertos, cuando entraban a retirar la bandeja con la comida. En cambio, y ello le tenía sumamente intrigado, no le habían registrado una sola vez ni tampoco examinado su cama. El revólver y los cartuchos de repuesto, continuaban intactos.

Una semana más tarde, y resignado, en cierto modo, a aquel género de existencia, la amazona de turno le trajo un paquete.

—Deja las ropas que llevas y ponte este traje —ordenó.

Era la primera vez que oía hablar a una de las mujeres. Quiso decirle algo, pero ella se retiró inmediatamente.

Evans examinó el nuevo traje. Era una cazadora sencilla, con aberturas para la cabeza y las manos, y unos pantalones muy ajustados en la parte inferior, con botas incorporadas. El tejido era suave, esponjoso, pero fuerte al mismo tiempo. Se encontró más cómodo, una vez hubo abandonado los ropajes terrestres propios de finales del siglo XX.

A la hora de la cena, se llevaron las ropas. Evans, sin embargo, había escondido el cinturón, con la funda para el revólver. Podía necesitarlo en cualquier momento. Dieciocho cartuchos no eran gran cosa para combatir contra cientos de mujeres... pero podían resolver un grave apuro en un momento determinado.

Al día siguiente, octavo de su cautiverio, sucedió algo extraordinario.

Pasadas las diez de la mañana —el horario en Mahkar era aproximadamente igual que el de la Tierra— oyó un extraño cántico, proferido por centenares de voces femeninas. Invadido por la curiosidad, agarró un taburete y lo situó al pie de la ventana enrejada. Situado encima del taburete, podía contemplar el panorama con el mentón a ras del antepecho.

Centenares —¿o eran miles?— de amazonas, todas ellas ataviadas con largas túnicas blancas, avanzaban en densas hileras, convergiendo desde distintos puntos, hasta situarse al pie de la colina donde estaba el Templo del Poder. Evans dedujo que debía de tratarse de una ceremonia religiosa.

Una vez más, se preguntó qué extraña divinidad moraba en aquel Templo.

La palabra Poder ¿significaba algo más que fuerza y potencia? ¿Ocultaba el auténtico nombre de aquella deidad?

Repentinamente, vio algo que le hizo dudar de sus sentidos.

Audrey figuraba en la procesión, como una más

de las amazonas. También vestía una túnica larga, sin mangas y, de cuando en cuando, según el ritmo de la melodía, alzaba los brazos en una invocación que tenía todo el sentido de una solicitud de protección, dirigida a la misteriosa divinidad que moraba en el edificio de lo alto de la colina.

Al cabo de unos momentos, todas las columnas se fundieron en una y permanecieron largo rato clamando y gritando y entonando monorrítmicas canciones, a la vez que realizaban grandes ademanes con los brazos. Luego, alguien emitió una gran voz y la muchedumbre femenina empezó a dispersarse.

Evans hubiera dado algo bueno por poder hablar con Audrey, pero sabía que todo era inútil. «Piernas Largas» parecía haberse amoldado por completo a las costumbres del pueblo de las amazonas. Acaso, pensó, sumido en sombríos presentimientos, había sido drogada para que olvidara su condición y se convirtiera en una amazona más. ¿No encontraría la fuerza suficiente para oponerse a tales designios?

Un cuarto de hora más tarde, se abrió la puerta de la celda y una amazona se hizo visible en el umbral.

—Prepárate —dijo—. Dentro de cinco minutos, vendremos a buscarte; el tribunal que va a juzgarte ya se ha reunido.

La puerta se cerró, antes de que Evans tuviera tiempo de hablar. Dudó unos instantes, pero luego, decidiéndose, empezó a «prepararse».

—Si me van a condenar a muerte, no me dejaré degollar como un cordero —murmuró.

* * *

Eran siete las mujeres que habían de juzgarle, todas ellas jóvenes y agraciadas, aunque con rasgos

muy diferentes. La presidenta vestía una túnica color rojo oscuro; los otros miembros del tribunal la llevaban de color amarillo fuerte.

Había un pequeño estrado para los espectadores, todos ellos del sexo femenino. Otro, decorado con cierto lujo, estaba ocupado por Tessura. Audrey figuraba entre el público, en primera fila.

Evans quedó frente al tribunal, escoltado por dos amazonas. La presidente se puso en pie.

—Este tribunal se ha reunido para juzgar al varón llamado Shorty, acusado de ofensa a una de nosotras. ¿Alguien tiene algo que declarar en su favor? —preguntó.

—Yo —dijo Evans—. Yo tengo que declarar en mi favor, porque no he cometido ofensa contra ninguna mujer...

—Que declare la perjudicada, Audrey Brand —ordenó la presidenta.

Audrey se levantó.

—Acuso a ese varón de haberme espiado y perseguido en innumerables ocasiones, impidiéndome el desarrollo normal de mis actividades laborales. Gracias.

La joven volvió a sentarse. Evans tenía la boca abierta.

—¡Qué desvergüenza! —gritó—. Oigan, ella era una ladrona y yo un policía...

—¡Silencio! —cortó la presidenta—. El delito ha quedado probado.

—Pero sólo porque ella ha declarado contra mí —alegó Evans.

—Es más que suficiente. Una amazona no miente jamás.

Evans volvió la vista hacia la joven. Audrey no le miraba; tenía la barbilla levantada y parecía estar a punto de reventar de orgullo. «Miserable, de este modo tan ruin te vengas de mí», pensó.

Si un día volvían a la Tierra, se lo haría pagar

bien caro.

—¡Atención todos! —gritó la Presidenta—. El tribunal va a dictar su sentencia. El acusado es condenado a...

Evans contuvo el aliento.

Por fortuna, los pantalones de su nueva indumentaria eran holgados hasta más abajo de la rodilla. En torno al muslo izquierdo, llevaba el cinturón con los cartuchos de repuesto, bajo la pernera correspondiente. En la derecha, tenía el revólver.

«Si me condenan a muerte, se va a armar una gorda», pensó, fríamente, resuelto a defenderse mientras le quedase un soplo de vida.

La presidenta continuó:

—...es condenado a aparearse con la ofendida, en cuya compañía permanecerá, hasta que se tengan pruebas suficientes de que ella ha concebido una nueva vida humana. Entonces, será acompañado hasta los límites de nuestro pueblo y expulsado para siempre, sin que pueda volver, bajo pena de muerte inmediata, que podrá ser ejecutada por la que primero lo vea, si intentase quebrantar esta parte de la sentencia. ¡He dicho!

Audrey se puso en pie.

—Señoría, yo no deseo tener un hijo del acusado...

—¡Silencio! —cortó la presidenta—. El tribunal ha dictado sentencia y todas las partes implicadas deben acatarla. Ni la reina misma, caso de verse afectada en un caso semejante, podría desobedecer el dictamen del tribunal.

Evans soltó una risita. Miró a Audrey, que estaba colorada como una guinda, y dijo.

—¡Hola, mamaíta!

* * *

Habían sido conducidos a una casa aislada, mucho mejor decorada que la celda en que él había permanecido hasta entonces. Apenas se cerró la puerta a sus espaldas, Audrey se volvió y le miró con ojos llameantes.

—Escúchame bien, maldito polizonte. Por nada del mundo consentiré que me toques. No te acerques a mí o te daré un disgusto de los gordos. He estado pensando mucho y he llegado a la conclusión de que puedo engañar a esas estúpidas, ¿me has entendido?

—Tú dirás cómo, porque yo no veo la forma...

Había una mesa, con un frasco y dos vasos. Evans se sirvió y tomó un par de tragos.

—Al menos, deberíamos celebrar nuestra unión; aunque sea ficticia, no me atrevo a llamarla boda. Pero hablabas de engañar a Tessura y sus muchachas. ¿Cómo piensas hacerlo?

—Muy sencillo: pasado cierto espacio lógico de tiempo, diré que estoy embarazada. Entonces, te expulsarán... No te quejes; has salvado la vida y, a fin de cuentas, eso tiene cierta importancia, me parece.

—Eres tonta, «Piernas» —dijo Evans—. ¿Acaso crees que no harán que alguien entendido te examine? Y aunque no sea así; dentro de cuatro o cinco meses... ¿qué harás? ¿Ponerte un almohadón debajo del vestido?

Audrey pateó el suelo furiosa. —No me esperaba yo una decisión semejante —confesó—. Pensé que te asignarían a cualquier otra amazona... y mientras tanto, habría terminado mi tarea.

—¿Qué tarea?

Audrey se sirvió también un poco de vino.

—Me aceptaron en seguida como una de ellas —explicó—. He estado practicando estos días con las lanzas y las espadas; son su único armamento.

Además, me asignaron una aeromoto. Tengo cierta habilidad mecánica, tú lo sabes.

—Sí, has abierto alguna caja de caudales sin conocer la clave —contestó Evans irónicamente—. Sin contar los sistemas de alarma que has desconectado. Pero sigue, sigue...

—Bueno, cuando me dieron la motoneta, se me ocurrió hurgar en su interior. No comprendo el mecanismo que las hace funcionar, pero sí pude examinar los sistemas de control: aceleración, elevación y descenso y virajes en ambos sentidos. Como comprenderás, no tiene marcha atrás, puesto que puede virar sobre su eje vertical. Todo eso lo pude ver y lo entendí sin demasiadas dificultades.

—¿Y...?

—Shorty, esa motoneta podría volar sin dificultad a trescientos cincuenta kilómetros por hora. La máxima velocidad alcanzada hasta ahora es de unos noventa. Pero es que alguien interpuso una especie de freno en el mando de aceleración y, aunque lo hagas funcionar a fondo, no jasarás de esa velocidad.

—Muy extraño, ¿no te parece? Pero quizá te dieron la motoneta «trucada», porque no se fían de ti...

—No. Todas están en las mismas condiciones. He examinado tres o cuatro y en todas he visto el mismo mecanismo de freno.

—¿Lo saben ellas?

—Pregunté, inocentemente, si no se podía ir más deprisa. Me dijeron que la máxima velocidad era la que desarrollamos durante el viaje.

—No entiendo —dijo él—. Alguien les fabrica las aeromotos, pero no les permite que se muevan a mayor velocidad.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser?

Audrey se acercó a una de las ventanas.

—Hay alguien allí, en el Templo del Poder. No me

preguntes quién es, porque no lo sé, y cuando he querido averiguarlo, no he recibido ni siquiera una respuesta evasiva. Si hay alguien, y yo estoy segura de que en aquel edificio vive una persona o un grupo de personas, que dominan a este pueblo, entonces es el constructor de las motonetas.

Evans contempló también el edificio de lo alto de la colina.

—Audrey, ¿te atreverías a hacer una incursión allí? —consultó.

—No, ni siquiera ha pasado por mi imaginación —ella se volvió hacia el joven—. Te seré franca; si he modificado la aeromoto, fue para ti, para que pudieras huir, caso de que las cosas empeorasen demasiado.

—¿Y ahora? —sonrió él.

La joven vaciló.

—Me siento desazonada. A mí tampoco me gusta la idea de quedarme aquí para siempre. Por otra parte, ¿cómo volver a la Tierra?

—Sin embargo, no podemos quedarnos con los brazos cruzados. Algo hemos de hacer, ¿no crees?

—¿Entrar en el Templo del Poder?

—Si hay alguien, tiene que ser humano y podríamos discutir con él la situación. Hay cosas que no se entienden, pero ese misterioso personaje nos podría dar muchas explicaciones.

—No sé, no me atrevo...

—En todo caso, prepara la motoneta. Nos iremos de madrugada.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. Verás, no me gusta la idea de vivir en un pueblo de mujeres guerreras. Siempre he sido aficionado al bello sexo, pero todas las cosas gustan cuando se toman con moderación. Demasiada cantidad de lo que sea acaba por producir hastío.

Audrey se echó a reír.

—No puedes hablar así; ni siquiera has empezado a probar...

De pronto se puso colorada.

—Será mejor que dejemos el tema —añadió, muy violenta—. Tú y yo estamos juntos por la fuerza de las circunstancias, pero eso no quiere decir unidos. ¿Me explico bien?

—Vamos, el agua y el aceite —sonrió Evans—. ¿Quedamos de acuerdo en largarnos de madrugada, cuando todas estén durmiendo?

Audrey no pudo contestar. Una voz bajó súbitamente desde la colina y gritaba de modo que parecía sonar desde todos los lugares:

—¡Alarma, alarma! ¡Se acercan enemigos!

# CAPITULO V

Al mismo tiempo, sonaron fuertes tañidos de campanas que se hallaban en algún sitio, invisible para la pareja. Evans corrió hacia la ventana y vio numerosos grupos de amazonas que se desplazaban en todas direcciones.

Muchas de ellas volaban ya en sus motonetas y empuñaban sus lanzas. La voz indicó:

—Hay una brecha en el lado Sur. Contraataquen en aquel punto.

Decenas de mujeres jóvenes montaron en sus aeromotos, a veces, por parejas, y corrieron hacia el lugar señalado. De repente, se vio brillar un tremendo fogonazo en las alturas.

Luego llegó el fragor de la explosión. Sorprendentemente, Evans no percibió el viento de la onda expansiva.

La voz continuaba sonando:

—Una centinela se descuidó y el enemigo pudo abrir brecha. En todos los demás lugares, la cúpula

de energía se mantiene intacta. Es preciso llevar un emisor de energía a aquel punto para restablecer el blindaje. Suban una docena a la colina; tendrán el emisor ya preparado y listo para funcionar, en el lugar donde estaba el que fue destruido por los atacantes.

Evans se volvió hacia la joven.

—¿Has oído?

—Hay alguien en el Templo, efectivamente —contestó ella—. Pero no comprendo lo de la barrera de energía...

En aquel instante, se produjeron varias explosiones más, a unos quinientos metros de altura, calculó Evans. Entonces lo comprendió.

—La energía que protege al pueblo de las amazonas es invisible, pero tan efectiva como un blindaje del mejor acero. Está compuesta, supongo, por ciertas ondas especiales, emitidas por un aparato de singulares características. Si ese emisor es destruido, el blindaje desaparece y se produce una brecha, por la que los atacantes, que conocían sin duda el método de protección, han penetrado en el valle. Sin embargo, desconozco su objetivo...

—El objetivo es el Templo —dijo Audrey—. Ellas lo custodian y no permiten que los extraños vivan aquí y se aprovechen de los beneficios que les produce.

De repente, se alzó un gran griterío.

Evans volvió a la ventana. A quinientos pasos de distancia, se había producido una feroz batalla. Hombres y mujeres peleaban salvajemente, ellas con la fuerza de la desesperación, utilizando despiadadamente sus lanzas de doble hoja, atacando sin reparar en el peligro... pero las amazonas estaban en desventaja ante las armas que utilizaban los asaltantes.

Eran los mismos, apreció Evans, que había visto atacando en espesas bandadas, sin reparar en las

bajas que les causaba el tanque. Llevaban unos fusiles muy raros y los, disparaban incesantemente. Evans, sin embargo, no veía los chispazos de los fusiles ni tampoco captaba silbido alguno de proyectiles salidos de las bocas de aquellas armas.

Pero sus efectos, sin embargo, resultaban devastadores. Cada disparo era una amazona muerta. Evans las veía caer sin heridas aparentes, aunque fulminadas en el acto. Las lanzas, estimó, poco podían contra aquellas extrañas armas.

De pronto, un nutrido escuadrón de amazonas, todas ellas en sus motonetas, cargó desde las alturas, lanza en ristre. Entonces, un compacto grupo de soldados, situados a retaguardia de los primeros atacantes, se dispuso a rechazar el asalto de las mujeres.

Aquellos soldados disponían de unos fusiles más grandes, con el cañón de casi cuatro centímetros de diámetro. Estaban muy bien entrenados y formaron tres filas cerradas, compuesta cada una por más de cien hombres.

Alguien emitió una orden. Trescientos fusiles dispararon a la vez, con un estrépito ensordecedor. Las motonetas empezaron a explotar con horrible estruendo, la mayoría de ellas a más de veinte metros del suelo. Cuerpos despedazados cayeron de las alturas en muchos casos; en otros, la amazona, desmontada por el estallido de su aeromoto, moría al estrellarse contra el suelo.

La carga quedó deshecha a la segunda andanada. Los atacantes, ciertamente, habían sufrido bastantes bajas, pero su número no podía compararse siquiera con el de las amazonas. Evans calculó que la mitad, por lo menos, habían muerto o estaban heridas.

Inesperadamente, los atacantes empezaron a retirarse.

Disparaban sus armas para proteger la retirada.

Las amazonas, sin embargo, abrumadas y desmoralizadas, no hicieron el menor esfuerzo para perseguir al enemigo.

Luego, empezaron a oírse los gritos de dolor de las mujeres heridas. Alguien, de pronto, lanzó un horrible alarido:

—¡Se han llevado a nuestra reina! ¡Tessura es prisionera de Zabal!

* * *

Audrey regresó a la madrugada, casi de día, cansada y deshecha. Evans le dio algo de comer.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó.

—Mal. Hay, al menos, trescientas chicas malheridas. Muchas morirán. Las muertas suman casi cuatrocientas. Ha sido algo espantoso...

Evans le entregó un vaso.

—Me gustaría tener café, pero, por lo que parece, aquí lo desconocen. ¿Por qué no me has dejado salir a ayudar?

Audrey le miró fijamente.—Hiciste bien en quedarte aquí —contestó—. Los atacantes abandonaron cierto número de heridos. Todos han sido rematados despiadadamente. A ti te podría haber sucedido algo por el estilo.

—Caramba, sí que tienen fobia al sexo fuerte —rezongó Evans—. Es una actitud estúpida, incomprensible...

—Producto de la educación recibida, no le des más vueltas. Shorty, me parece que tendremos que posponer la fuga para tiempos mejores.

El joven respingó.

—¿Por qué? Esta es la mejor ocasión...

Audrey se desplomó sobre la cama.

—Primero, yo estoy mortalmente cansada —contestó—. Segundo, mi motoneta ha desaparecido

con todos estos jaleos. Tendré que proporcionarme otra y «trucarla» no fue cosa precisamente de un cuarto de hora.

—Maldita sea... ¿Qué más desgracias tienes que contarme?

—Tessura ha sido secuestrada. Se supone que por orden de Kor-Btah, jefe de Zabal.

—¿Crees que la matarán?

Ella hizo un gesto vago.

—No sé qué decirte... —Cerró los ojos—. Shorty, idiota, si me hubieras dejado marchar en paz con la diadema...

—¡Al diablo con la diadema! —barbotó él—. Yo podría decir algo parecido, sólo que al revés. Si no la hubieras robado ...

Se calló de pronto. Audrey estaba completamente dormida.

* * *

Reinaba un silencio opresivo en la aldea.

Era evidente que las amazonas habían recibido un duro golpe, no sólo en lo físico, con más de setecientas bajas, sino en lo moral, al ser derrotadas y haber visto así que su pretendida invencibilidad no era más que un mito.

Apenas si se veían mujeres por las calles. A mediodía, cesó todo movimiento.

Audrey continuaba durmiendo. Evans decidió aprovechar la ocasión. Correría el riesgo.

En aquella casa no había rejas. Abrió la puerta, miró unos segundos a derecha e izquierda y luego, resueltamente, echó a andar hacia la colina.

Un cuarto de hora más tarde se detenía ante el edificio. Había allí una enorme puerta de un metal parecido al bronce, con el dintel de medio punto. La puerta estaba cerrada.

No se apreciaban ventanas ni otras aberturas. Evans vaciló un instante y al fin se acercó a la puerta. Llevaba en la mano un pedrusco, con el que pensaba golpear el metal, pero, de pronto, sintió que el suelo cedía cosa de un centímetro.

Entonces, las dos puertas giraron a los lados y el interior del edificio se hizo visible.

Evans cruzó el umbral. El suelo era de una materia parecida al basalto, muy pulimentado, con grandes vetas de color rojo oscuro. Frente a la entrada, se divisaba una ancha escalera de diez peldaños, que terminaba en una puerta aún mayor, pero totalmente oculta por una espesa cortina de tela roja.

Lenta, pero resueltamente, subió la escalera. Cuando se disponía a apartar la cortina, sonó una voz:

—¿Quién eres? ¿Cómo te atreves a turbar mi sagrado reposo?

—Me llamo Shorty Evans. ¿Eres el espíritu que mora en esta casa?

—Sí —contestó la voz, con atronadoras vibraciones—. Yo soy el que vigila a mis servidores y el que les proporciona todas las comodidades que necesitan.

—¿Incluso los «maridos»? —preguntó Evans burlonamente.

—Les proporciono los medios para que ellas se los procuren.

—Muy inteligente. A fin de cuentas, ellas tienen que poner algo de su parte. Y, dime, ¿tienes algún nombre? ¿Cómo he de llamarte?

—Vyhuddar, que significa «El-Ojo-Que-No-Se-Cierra-Ja-más». Siempre estoy vigilando, nunca descanso y nada de lo que sucede aquí escapa a mi atención.

—Excepto el ataque de los hombres de Zabal.

—Les di medios para la vigilancia y para su

protección. Si se descuidaron, si una imprudente se durmió, ¿he de tener yo la culpa?

—Evidentemente, no. ¿Vives aquí siempre?

—Sí.

—Y nunca sales.

—No.

—¿Eres un espíritu inmaterial? ¿Tienes cuerpo físico?

—Digamos una mezcla de ambas cosas.

—¿Cuál es tu edad?

—Según mi especie, soy un ser todavía joven. Tengo unos treinta y nueve años. Pero cada uno de mis años equivale a mil seiscientos veintisiete de los vuestros.

Evans se sintió abrumado. Vyhuddar era inmensamente viejo según los múdulos corrientes. Tenía más de sesenta y tres mil años...

—Y todavía espero vivir unos doscientos más —añadió Vyhuddar.

—Es decir, casi cuatrocientos mil años en total.

—Aproximadamente. Nuestra raza tiene la longevidad como principal característica. Somos inmensamente' sabios, inmensamente poderosos... y a mi lado, tú eres menos que un granito de arena frente a la montaña más alta.

—¿Eres el que has construido este edificio?

—Claro.

—¿Cuál es su objeto?

—Nosotros pertenecemos a la raza de los Vyhunn. Al llegar a la edad adulta, lo que sucede más o menos a los veinte años de nuestro tiempo, nos alejamos del lugar de nacimiento y nos establecemos en un sitio determinado, que queda como nuestro. Mahkar es «mi» planeta.

—Ya entiendo. Es decir, viniste aquí hace unos dieciocho o diecinueve años de los tuyos.

—Así es.

—Casi treinta mil de los nuestros —murmuró

Evans—. Una pregunta, Vyhuddar, si estás solo aquí, ¿cómo se propaga vuestra raza?

—Cuando un Vyhunn ve llegado el momento de marchar en busca de su dominio, busca a su pareja. Sólo nos apareamos una vez en nuestra larga existencia. Al marcharme de mi mundo original, dejé ya la semilla para un nuevo Vyhunn.

—¿Eres feliz así?

—¿Eres feliz en tu forma, con tus problemas, tus necesidades, tus pensamientos, como humano, en suma?

—Tienes razón —admitió Evans—. ¿Sabes que no soy de Mahkar?

—Lo sé. Mahkar y tu planeta tuvieron un breve contacto, en dos dimensiones distintas.

—¿Volverá a producirse ese contacto? —preguntó el joven ansiosamente.

Vyhuddar no contestó.

—Te he hecho una pregunta —dijo Evans.

—La audiencia ha terminado.

—Pero...

—¡Vete!

Evans se enfureció. Alargó las manos y agarró las cortinas, para separarlas a un lado, pero algo parecido a una descarga eléctrica lo rechazó con violencia. Al retroceder, perdió pie y rodó por la escalera.

—No vuelvas a intentarlo, miserable gusano —dijo Vyhuddar coléricamente—. No lo intentes otra vez o será lo último que hagas en tu vida.

Evans se puso en pie, tanteándose el cuerpo en busca de algún posible hueso roto. Pero, salvo los inevitables golpes, no había sufrido el menor daño.

—No vuelvas aquí —ordenó Vyhuddar.

Evans dio media vuelta y caminó hacia la salida. Las puertas de bronce se cerraron, apenas hubo cruzado el umbral.

Llegó a la casa, muy conturbado por la entrevista

sostenida con el misterioso ser que moraba en lo alto de la colina. Entonces, Audrey salió corriendo a su encuentro.

—¡Shorty! ¡Tenemos que rescatar a Tessura! —exclamó con gran vehemencia.

# CAPITULO VI

Evans se acercó a la mesa, puso un poco de vino en un vaso y lo vació de un trago.

—Ni lo sueñes —contestó—. No tengo ganas de jugarme el pellejo por una joven estúpida...

—Shorty, temo que no comprendes bien la situación —le interrumpió ella—. Algunas de las amazonas se soliviantaron y vinieron aquí con intenciones de darte muerte. Sólo conseguí calmarlas diciéndoles que entre tú y yo rescataríamos a su reina. Por el momento, la sentencia ha quedado en suspenso, pero...

—¡La sentencia del tribunal fue muy otra! —protestó él a gritos.

—Las circunstancias han cambiado. Vinieron los de Zabal y nos causaron más de setecientas bajas. Están Enfurecidas, compréndelo.

—Bueno, pues que vayan a Zabal y que tomen represalias.

—Entonces Tessura morirá.

—Me importa un bledo, Audrey. No quiero más jaleos... Escucha, voy a decirte una cosa. No voy a quedarme en este maldito poblado más tiempo del estrictamente necesario —Mientras hablaba, Evans empezó a sacar el cinturón y el revólver—. En cuanto se haga de noche, me largaré. Me esconderé en las montañas, donde sea, pero siempre en las inmediaciones del lugar donde la Tierra y este condenado planeta tuvieron el contacto. Y en cuanto

vuelva a producirse, «saltaré» a la Tierra y no me verán más el pelo.

Ella parpadeó.

—¿Eso es lo que piensas hacer, Shorty?

—Exactamente. Y tú tienes dos opciones: venir conmigo o quedarte aquí. Por cierto, antes dijiste «Nos han hecho setecientas bajas...» ¿Es que te consideras ya una amazona?

—Por lo menos, soy del mismo sexo.

—Ya salió la machista, sólo que en sentido inverso —dijo él venenosamente. Comprobó la carga del revólver, hizo girar el tambor unas cuantas veces y luego lo puso en la funda—. Bueno, tú y yo siempre miramos la vida desde distintos lugares. No te reprocharé si te quedas, pero, por favor, no me comprometas en un negocio que no me gusta en absoluto.

—Shorty, si te atrapan, morirás sin más requisitos —advirtió Audrey.

Evans palmeó la culata de su «38 Special», de cañón corto.

—Alguna tendrá que lamentarlo, en tal caso. Nunca he disparado contra una mujer, pero ahora dejaré los remilgos a un lado. Audrey, en cierto modo, te aprecio. Todavía estás a tiempo. A la madrugada me esfumaré.

—Me sitúas en una posición difícil. Yo querría ayudar a Tessura; ella se portó bien conmigo. Y... bueno, podía haberte reclamado como de su propiedad, pero influyó en el tribunal para que te quedases conmigo.

—No me digas que Tessura sentía simpatía por mí.

—Pues así era, aunque no lo creas. Y si se le hubiera antojado, también podría haber ordenado que te matasen y no lo hizo.

—Audrey, no me largues ahora el cuento de la lástima. Aun suponiendo que todo eso sea cierto, yo

debo mirar en primer lugar por mi pellejo. Y por el tuyo, si es que al fin no decides no cambiar de bando. Estas gentes han nacido para la guerra, viven de la guerra y no saben hacer otra cosa. Y yo quiero vivir en un mundo donde haya paz, ¿comprendes?

—En el mundo en que vivías, estabas en guerra con determinados tipos de personas —observó ella sarcásticamente.

—No me vengas ahora con filosofías. Estaba en guerra con los ladrones y violadores de la ley. Pero no los mataba, no les rajaba las tripas o los decapitaba, como sucede aquí. Jamás uno de mis detenidos tuvo que quejarse de malos tratos por mi parte, a menos que me atacase él primero. Eso es muy distinto, Audrey.

—Y, además, está Geraldine Van Kotterdam.

—Bueno, no tengo por qué negarlo. Voy... o iba a casarme con ella.

—¿Estás enamorado?

—Hasta los huesos —contestó él malhumoradamente—. Audrey, hasta la madrugada tienes tiempo de tomar una decisión. Cuando llegue el momento, estarás dispuesta a venir conmigo... o quedarte aquí para siempre. Ya no te lo preguntaré más; sólo te diré «Es la hora». ¿Entendido?

—De acuerdo, Shorty.

Evans miró un instante a través de la ventana y se estremeció.

—Además, no quiero quedarme en las inmediaciones de un tipo que tiene casi cuatrocientos mil años de edad —murmuró.

* * *

La noche había llegado. Después de que Evans le contase su entrevista con Vyhuddar, hecho que había causado un enorme asombro a la joven,

habían permanecido largo rato en silencio, sumidos cada uno en sus propias meditaciones. Al llegar la oscuridad, Audrey puso la mesa.

—Al menos, comerás algo —dijo.

—Oh, sí, no hay inconveniente.

En aquel instante, llamaron a la puerta.

Audrey fue a abrir. Una joven apareció en el umbral.

—Te he traído tu aeromoto —dijo la amazona—. Pude localizarla y me pareció que te gustaría saberlo.

—Gracias, Erylia —sonrió Audrey.

Erylia miró al joven, situado al fondo de la sala.

—¿Está conforme?

Audrey vaciló un instante.

—Sí —sonrió al cabo.

—Mañana estableceremos un plan para atacar a los hombres de Kor-Btah. Procuraremos sorprenderlos y no vamos a dejar uno solo con vida. Buenas noches, Audrey.

—¡Buenas noches, Erylia!

Evans se enfureció.

—Pero, ¿es que aquí nadie piensa más que en matar? —vociferó, fuera de sí.

—Es su... carácter... —dijo Audrey, con una sonrisa de circunstancias—. Además, tampoco los terrestres podemos sentir demasiado orgullo por nuestra historia...

—Pero hacemos esfuerzos por mantener la paz, sobre todo, en los últimos años. Ahora, en la Tierra, se vivía una época poco menos que dorada en este aspecto.

—No te enojes, Shorty; ellas son así y yo no puedo evitarlo. Bien, ¿persistes en tu actitud?

—Te lo dije antes. Cuando llegue el momento, simplemente te diré «Adiós». A menos que me des ocasión de decir «Me alegro de que vengas conmigo».

Audrey consultó su reloj.

—Son las ocho, hora local. Hasta las tres de la madrugada, más o menos, hay siete horas de tiempo. Entonces sabrás cuál es mi respuesta.

—Conforme.

Después de cenar, Evans se acostó un rato. Quería estar en forma, para cuando llegase el momento de emprender la marcha. Sin embargo, le costó mucho quedarse dormido. No podía quitarse de la cabeza el recuerdo de un ser que tenía más de sesenta y tres mil años de edad y que esperaba vivir hasta los cuatrocientos mil.

Al fin, consiguió dormirse.



Una mano tocó en su hombro. Evans abrió los ojos.

—¿Eh...?

—Es la hora, Shorty. El joven se puso en pie de un salto.

—¿Vienes conmigo? —adivinó.

—A disgusto, pero te acompaño.

—No te lo tomes a mal. Los problemas de esta gente no son los nuestros. Tessura ha sido secuestrada y es algo que podía esperar sucediera en cualquier momento, como las otras murieron o fueron heridas. Viven para guerrear y tienen que atenerse a las consecuencias. ¿Crees que, si supiera que iba a tener éxito, no les largaría un discurso sobre los beneficios de la paz? Pero no me harían caso; incluso querrían liquidarme... y yo no soy de los aficionados a dar golpes a una pared, si sé que no voy a poder derribarla.

—Has pronunciado un bonito discurso —dijo ella fríamente—. ¿Algo más, Shorty?

—Vámonos.

La motoneta estaba en la puerta. Audrey cabalgó delante para tomar los mandos.

—Es la mía —dijo—. He comprobado que el freno del acelerador no está.

Evans se sentó tras ella y la agarró por la cintura.

—Muy bien, adelante.

Audrey hizo funcionar el mando de elevación y la aeromoto se elevó lentamente. Luego, poco a poco, fue ganando velocidad.

Un minuto más tarde, el pueblo de las amazonas quedaba a sus espaldas. Audrey aceleró, hasta que el artefacto alcanzó una velocidad próxima a los ciento veinte kilómetros por hora.

—No me atrevo a correr más —gritó, por encima del silbido de viento—. Si dispusiera de un parabrisas...

—Eso es algo que no se le ocurrió al constructor de ese chisme. De todos modos, la velocidad es excelente y no podrán alcanzarnos.

—Así lo espero.

La motoneta ganó altura automáticamente, debido al radar de nivel constante. Cinco minutos más tarde, llegaban a la cima de las montañas que cerraban el valle por el lado de donde habían llegado.

La visibilidad era perfecta, debido a las cuatro lunas de Mahkar, agrupadas en el cielo en un cuadrado casi perfecto. Eran más pequeñas que el satélite terrestre, pero la superficie reflectante, en conjunto, era casi el doble de la Luna y, por tanto, la luz recibida en la superficie del planeta, era mucho mayor. La aeromoto rebasó las montañas e inició el descenso hacia la llanura que había al otro lado.

Entonces fue cuando los dos fugitivos vieron algo que les dejó sin aliento. Y también les hizo sentir un pánico espantoso.

* * *

La llanura negreaba de cuerpos humanos.

Era todo un ejército, acampado frente a las colinas, y dispuesto para el combate, según parecía. Evans divisó numerosos vehículos acorazados, semejantes al tanque que había visto a su llegada a Mahkar, y también otros vehículos que supuso eran de transporte de tropas.

Audrey lanzó un chillido de espanto.

—¡Shorty! ¿Dónde nos hemos metido?

—En una ratonera —gruñó él—. Desvíate, desconecta el radar de nivel constante. Ahí, a la derecha, veo una hondonada en la que podemos ocultarnos.

La motoneta viró ceñidamente, a la vez que se inclinaba a un lado. Luego perdió altura y, a los pocos instantes, se posaba en el fondo del barranco que corría perpendicularmente a la línea de colinas.

Evans se apeó de un salto y corrió al borde de la hondonada. Todavía estaban a una altura suficiente para dominar con la vista el campamento enemigo.

Audrey se tendió a su lado.

Lloraba a lágrima viva.

—Esas pobres chicas... Las van a exterminar...

Evans apretó las mandíbulas. El número de atacantes superaba los cincuenta mil, calculó a ojo. Los tanques, contó rápidamente, pasaban de doscientos, lo que significaba cuatrocientas piezas de artillería pesada. Era una masa de fuego que arrasaría sin piedad el pueblo de las amazonas.

—Audrey, ¿cuántas son ellas? —preguntó Evans, una vez repuesto de la impresión.

—Entre seis y siete mil, sin contar los niños.

—Diez mil, aproximadamente.

—Sí, eso es.

—Ellos son cinco veces más y tienen un

armamento increíble. La verdad, me gustaría hacer algo por esas pobres mujeres. No es que les tenga una simpatía especial, pero son las más débiles en estos momentos.

—El único recurso es volver y avisarlas de lo que sucede, Shorty.

—Sí, iremos ahora mismo... ¡Espera! —dijo él de pronto.

No lejos de aquel lugar se habían oído unos ruidos extraños. De repente, vieron surgir varias sombras ante ellos.

Eran seis hombres, cinco de los cuales transportaban unos extraños tubos de metal, de dos metros de largo por veinte centímetros de diámetro, rematados en uno de los extremos por una caja oblonga de casi medio metro de largo por treinta centímetros de ancho y otro tanto de grueso.

El pelotón desfiló a poca distancia de la pareja, sin verles. Cincuenta metros más adelante, el hombre que mandaba la tropilla ordenó hacer alto.

—Preparen los tubos —ordenó.

Los soldados desplegaron unos pequeños trípodes situados bajo los tubos, los cuales quedaron en posición inclinada, apuntando un poco más arriba de la cumbre de la colina. Entonces, el jefe descolgó la mochila que llevaba a la espalda y empezó a sacar unos cables, que conectó a cada una de las cajas en que remataban los tubos.

—¿Dará resultado, señor? —preguntó uno de los soldados.

—Lo hemos probado de sobra —contestó el jefe —. Las descargas de estos tubos, convergiendo en un mismo punto, destruirán una gran sección de la cúpula de energía. Entonces, nuestra artillería podrá disparar a través de la brecha. Un cuarto de hora más tarde, ya no habrá pueblo de amazonas y el Templo del Poder será nuestro.

Evans cambió una mirada con la joven. Audrey

estaba excitadísima.

—Tendríamos que hacer algo —dijo ella.

—¿Se te ocurre alguna idea?

—Si pudiéramos ponerles fuera de combate...

Evans agarró el brazo de la joven.

—Escucha. Tú sabes manejar la motoneta. ¿Por qué no vuelas a ras de tierra, derribándolos a golpes? Yo te protegeré, si es necesario, con mi revólver.

—Buena idea —sonrió Audrey.

—Ten cuidado. Lo haría yo, si supiese manejar la aeromoto...

—Luego te enseñaré —contestó ella—. Bien, ¿preparado?

—Cuando quieras.

Audrey retrocedió hasta el fondo del barranco. Evans sacó su revólver.

Miró hacia la llanura. A unos dos kilómetros, el ejército atacante esperaba el momento de entrar en combate, para aniquilar a un pueblo, compuesto únicamente por mujeres y niños de corta edad.

¿Por qué tanta saña?, se preguntó.

En aquel instante, Audrey, cabalgando en su aeromoto, surgió a la vista y cargó contra los componentes del pelotón, a la vez que chillaba estridentemente.

# CAPITULO VII

La inesperada aparición de la joven, sorprendió por completo a los soldados. Antes de que pudieran hacer nada, Audrey se abalanzó contra el jefe del pelotón, alcanzándolo en un hombro. El individuo salió rodando a más de diez pasos de distancia, aullando como un energúmeno.

Audrey viró en redondo y se lanzó contra los

otros, que empezaron a dispersarse. Atropello a un hombre y lo tiró inconsciente al suelo. Luego volvió a girar.

Los otros cuatro, sin embargo, se habían repuesto de la sorpresa y se disponían a contraatacar, mediante unas extrañas pistolas, que impresionaron mucho a Evans.

El joven se dijo que no podía permanecer inactivo. Saltó hacia adelante con el revólver en la mano, y golpeóla uno de los soldados en la cabeza, derribándolo instantáneamente.

Otro se revolvió. Evans hizo su primer disparo y lo alcanzó en un brazo. La pistola cayó al suelo inofensivamente, y el sujeto se arrodilló, chillando a todo pulmón.

Audrey aprovechó la ocasión y atacó de nuevo, derribando al quinto soldado. El sexto pudo hacer un disparo.

Algo parecido a una bola transparente brotó de la boca del arma y se estrelló contra el morro de la aeromoto. Aquella bola se expandió inmediatamente, transformándose en una sustancia pegajosa, que envolvió por completo a la joven y al vehículo.

La aeromoto se posó en el suelo. Audrey braceó frenéticamente para librarse de aquella inesperada envoltura, que la cubría de los pies a la cabeza. De pronto, lanzó un grito de pánico.

—-¡Shorty! ¡Me ahogo!

Un arma diabólica, pensó Evans en fracciones de segundo. Saltó hacia el soldado y le arrebató el arma de un manotazo. Luego lo derribó de un terrible puñetazo.

—¿Cómo se quita eso? —gritó.

El hombre estaba aterrado.

—A... apriete el segundo botón de la derecha... y apunte a la mujer...

—Si me has engañado, juro que te mataré —dijo Evans.

Hizo lo que le decían. Un chorrito de líquido ambarino brotó con gran violencia de la boca del arma y cayó sobre la sustancia gomosa, que empezó a derretirse de inmediato, convertida en un líquido amarillento y maloliente.

Audrey salió respirando a pleno pulmón.

—¡Dios mío! —exclamó—. Creí que iba a ahogarme...

Evans miró a su alrededor. Salvo el prisionero, todos los demás estaban fuera de combate, incapaces por sus heridas o inconscientes.

—Audrey, tenemos que hacer algo. No tengo excesivas simpatías a las amazonas, pero tampoco puedo consentir su exterminio.

—Allá abajo esperan que se haya abierto brecha en la cúpula de energía. Los doscientos tanques no podrán hacer nada, mientras la protección de la cúpula siga actuando.

Evans entornó los ojos.

—Hemos salido sin dificultad. ¿Podremos entrar?

—Sí. Cada aeromoto dispone de una señal que desbloquea momentáneamente el sector de la cúpula frente a la cual se halla en esos instantes. Sin embargo, la brecha se cierra automáticamente, apenas se ha pasado al otro lado. Es una abertura que dura sólo lo justo para permitir el paso...

—Pero con estos cacharros...

Evans se acercó a los cañones y los contempló durante unos segundos.

—Me parece que...De pronto se volvió hacia el prisionero y, agarrándolo por el cuello, lo acercó a los cañones.

—¿Sabes manejarlos? —preguntó.

—Sí. Los controles están en esa mochila... Hay que procurar la convergencia de los cañones en un mismo punto; de lo contrario, los disparos resultan absolutamente ineficaces. Sin embargo, en la mochila está la pantalla de puntería...

—Audrey, vigila a este gaznápiro —ordenó Evans, a la vez que le entregaba el revólver y la pistola que lanzaba la sustancia pegajosa—. Si se mueve, si intenta traicionarme, mátalo.

Acto seguido, se acercó a los cañones y empezó a volverlos hacia la llanura.



El oficial que mandaba la patrulla empezó a moverse. Evans corrió hacia él, le quitó una pistola idéntica a la usada por el prisionero y luego le arreó una patada en la mandíbula. El hombre volvió a perder el sentido.

El manejo de la caja de control era relativamente sencillo. En pocos momentos, Evans supo lo que debía hacer. Una vez que dio el contacto, aparecieron cinco puntos amarillentos en la pantalla.

Hizo girar lentamente una ruedecilla y los puntos luminosos fueron aproximándose, hasta confundirse en uno solo. A continuación, manejó otro control.

La imagen de un tanque gigantesco apareció en la pantalla.

—¿Dará resultado? —dudó Audrey.

—Parece ser que estos cañones sólo funcionan con algo en lo que tenga que ver la electricidad. Pero, si no me equivoco, debe de haber algún motor eléctrico en los tanques. Y ahora podremos comprobarlo.

En la caja de mandos había un botón rojo. Evans lo apretó a fondo.

Abajo, en la llanura, brilló repentinamente un fogonazo. Un tanque voló en pedazos por los aires.

—¡Blanco! —gritó el joven, entusiasmado.

En el campamento enemigo se produjo cierta confusión. Evans buscó otro objetivo.

El segundo tanque estalló con estrépito. Estaba

demasiado próximo a otro y éste voló también.

—No está mal —sonrió Evans.

Los tanques, dedujo, eran el principal armamento del ejército enemigo. Si podía destruirlos...

Era demasiado optimista. Cuando el sexto tanque voló en fragmentos, los otros empezaron a moverse.

Dos cañones soltaron de repente una terrible andanada. Veinte proyectiles estallaron a corta distancia de la pareja.

—¡Shorty! ¡Tenemos que irnos de aquí! —gritó Audrey—. Si consiguen centrar el tiro, estamos perdidos.

Evans no se lo hizo repetir dos veces. Audrey estaba ya en la motoneta. El saltó sobre la grupa del aparato, que se elevó en el aire instantáneamente.

Perseguidos por una aterradora descarga, ganaron la protección de la cúpula. Veinte tanques, cuarenta cañones, concentraron su fuego en aquel punto, pero la violencia de las explosiones no consiguió romper aquella indestructible barrera invisible.

Una granada estalló en el emplazamiento de los cañones que lanzaban aquellos misteriosos rayos. Hubo un colosal fogonazo, blancoazulado, y los cañones desaparecieron totalmente en un instante.

* * *

Audrey detuvo la motoneta a pocos pasos de la barrera. Frente a ellos, las granadas, al estallar, se disolvían en sonoros relámpagos rojoamarillentos. Pero el fuego, al comprobar los artilleros su ineficacia, cesó bien pronto.

Las lunas se habían ocultado ya y en el horizonte se divisaban los primeros resplandores del nuevo día. De pronto, Audrey lanzó un grito:

—¡Shorty! ¡Vienen las amazonas!

Evans se volvió. Un centenar de mujeres, cada una de ellas en su aeromoto, volaban raudamente hacia la cima.

—Nos vamos a divertir —gruñó el joven—. Si te quedas aquí, malo; si sales, peor. Vaya un mundo... de asco.

Ella movió una mano.

—Déjame que hable yo y no temas —pidió.

Las amazonas llegaron a los pocos momentos, capitaneadas por Erylia.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Erylia.

—Shorty y yo pensábamos ir solos a rescatar a Tessura. Acordamos que la operación podría resultar mejor si sólo iban dos personas.

—¿Lo crees así?

Erylia se sentía recelosa, apreció Evans.

—Indudablemente. Los hombres de Kor-Btah son muy superiores en número. Además, es lógico que esperen un intento de rescate de vuestra reina. Por tanto, estarán prevenidos... pero lo que supongo, no se imaginan que sólo vayan dos. Tengo la seguridad de que calculan que todas vosotras os lanzaréis al rescate de Tessura y os aguardarán con todas las ventajas a su favor.

«No, si labia no le falta. Claro que, en cierto modo, es su oficio», pensó Evans.

—¿Teníais algún plan? —inquirió Erylia.

—Bueno, primero hubiéramos explorado el pueblo de Zabal... Si respetan la vida de Tessura, podemos dejar pasar los días que sean necesarios, hasta saber a ciencia cierta dónde la tienen encerrada. Entonces, nos acercaremos por la noche y...

—Pero ahora los de Kirtania están allá abajo, en la llanura —dijo la amazona.

Evans adelantó un paso.

—Si se permite hablar a un individuo del para vosotras detestado sexo masculino...

Erylia le miró fríamente.

—Habla —invitó.

—Sólo quería saber una cosa. ¿Por qué os atacan los unos y los otros?

—Está bien claro: quieren poseer el Templo del Poder.

—Y es vuestro.

—Lo tenemos desde que el ser lo edificó y gracias a él hemos llegado a tan grande altura.

Evans entornó los ojos.

—Con aeromotos, pero sin armas de fuego, por ejemplo.

—Hasta ahora, siempre nos han bastado las lanzas y las espadas. Sin olvidar, claro está, la cúpula de energía que nos protege de los ataques de nuestros enemigos.

—Salvo cuando una centinela se duerme y los emisores de energía son inutilizados.

—La culpable ya ha sido castigada. Fue ejecutada apenas se descubrió su falta.

—De modo que, en el fondo de todas estas guerras, está el Templo del Poder —murmuró Evans—. Quizá, si desapareciera...

—¡Shorty! ¿Qué estás pensando? —se aterró Audrey.

—¡Oh, no te preocupes! —sonrió el joven—. Pensaba en voz alta, simplemente. Pero no te preocupes...

—¿Que no me preocupe? ¡El Templo es fuente de bienestar para el pueblo de las amazonas! Gracias a él, viven felices y sin que les falte nada. Gracias al Templo, han entrado en una era de civilización como sólo hace unos pocos años no se atrevían a imaginar siquiera... ¿Y tú hablas de destruir ese lugar maravilloso?

Evans se quedó boquiabierto.

—Audrey —musitó.

—No vuelvas a pensar en eso siquiera —dijo ella

anémicamente—. Olvida cualquier mala idea referente al Templo y concéntrate, mejor, en destruir al ejército atacante. Y, más conveniente todavía, piensa en la mejor forma de rescatar a Tessura, nuestra reina.

Las amazonas aplaudieron.

—¡Bravo, Audrey! —gritó Elyria.

—Ya eres una más de nosotras...

—Ninguna somos tan buena como tú.

—Deseamos que vuelva Tessura, pero, si por desgracia le hubiese sucedido algo irreparable, tú ocuparías su puesto —dijo Elyria. Se volvió hacia las demás—. ¿No es verdad, compañeras?

—¡Sí, sí! —gritaron las amazonas.

Evans se rascó la cabeza.

—Están chifladas —rezongó.

Estudió el semblante de la joven. Audrey sonreía, tenía las mejillas encendidas y sus ojos brillaban de placer.

—Le ha gustado —se dijo Evans, desconsolado.

—Procuraré ser digna de vuestra confianza —exclamó Audrey—. Y os aseguro que haré todos los imposibles por rescatar a Tessura. Con la ayuda de este despreciable macho, por supuesto.

—Yo, macho despreciable —se horrorizó Evans.

De pronto, pensó que Audrey no estaba en sus cabales.

A menos que desempeñase una comedia, para engañar a las amazonas. Pero, ¿de qué serviría, si, a pesar de todo, insistía en el rescate de Tessura?

—Será mejor que nos retiremos —propuso Elyria—. La barrera nos protege suficientemente y no tenemos nada que temer. Audrey y su macho nos devolverán a Tessura sana y salva.

—De todas formas, Elyria, haz que revisen bien los emisores de energía, a fin de evitar fallos como el que permitió a Kor-Btah desencadenar su ataque —aconsejó Audrey.

—Muy bien, así lo haré —contestó la aludida.

Audrey se volvió hacia Evans.

—Monta, Shorty —ordenó.

El joven obedeció. Cuando llegasen a casa, se prometió, tendría unas palabritas con «Piernas Largas». Su comportamiento no era natural.

Sin poder contenerse, miró hacia el Templo del Poder. La bola que remataba la cúpula parecía girar lentamente, despidiendo continuos destellos con sus facetas. La solución, pensó, estaba en aquel edificio.

—Tal vez, si lo destruyese... —murmuró.

En el mismo instante, creyó que un rayo le abrasaba el cerebro y perdió el conocimiento.

# CAPITULO VIII

Cuando abrió los ojos, se encontró tendido en la cama. Audrey sonrió, a la vez que le entregaba un cuenco.

—Tómalo, te pondrás bien —dijo.

Evans bebió unos sorbos del líquido, caliente, espeso, de sabor agradable. La debilidad que sentía empezó a desaparecer.

—He perdido el conocimiento —dijo.

—Gritaste algo contra el Templo y caíste de la motoneta. Por suerte, acababa de despegar y estaba a un metro del suelo. Shorty, no concibo tu fobia contra algo que produce tantos beneficios.

Evans se incorporó sobre un codo.

—¡Beneficios, un cuerno! —gruñó—. Setecientas bajas, Tessura secuestrada, cincuenta mil hombres aguardando en la llanura, para exterminar a las amazonas... ¿Eso son beneficios?

—La cúpula nos protege. Nada nos sucederá. El Templo es nuestra salvación y nos debemos a él —recitó Audrey.

Evans parpadeó asombrado.

—«Piernas», ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Shorty.

—Contéstame con absoluta sinceridad. Esto no es un interrogatorio policial, del que luego tenga que dar cuenta a mi jefe. Lo que me digas, por extraño o absurdo que parezca, quedará entre los dos para siempre. No lo repetiré a nadie jamás. ¿Me has entendido?

Ella sonrió.

—Empiezas a preocuparme... ¿Qué quieres saber?

Evans movió la cabeza hacia la puerta.

—¿Hay alguien afuera que pueda escucharnos?

—No, hombre; estamos solos... De todas formas, lo comprobaré.

Audrey abrió la puerta, se asomó al exterior y volvió a cerrar. Regresó junto al lecho y movió una mano.

—Adelante, ya puedes hablar.

—«Piernas», esto que haces, todo lo que dices, ¿es una «posse» o hablas absolutamente en serio? ¿Comedia o realidad?

—¿Cómo podría mentir en una cosa tan trascendente? —respondió ella orgullosamente—. Ni siquiera puedo imaginarme que se te haya podido ocurrir algo absolutamente disparatado. Por favor, no vuelvas a decir una cosa semejante.

—Está bien, está bien, te ruego me dispenses. ¿Has ideado ya algún plan para el rescate de Tessura?

—Más tarde, nos reuniremos las amazonas de mayor rango para estudiar el plan y tratar de llevarlo a la práctica. Ya te comunicaré el resultado de lo tratado y la decisión que adoptemos.

Audrey sonrió inesperadamente.

—¿Sabes?, quizá me decida a tener un hijo tuyo. Cuando todo haya terminado, claro.

Audrey se marchó. Evans, estupefacto, no

acertaba a articular una sola palabra.

Pesadamente, se dejó caer en el suelo. A «Piernas Largas» le sucedía algo, evidentemente.

¿Había sido drogada?

Tal vez era la única explicación aceptable porque, de otro modo, no se comprendía que hubiera adoptado con tanto entusiasmo las ideas de las amazonas. Ahora ya no le cabía duda de su sinceridad, aunque estimaba que tal proceder había sido adoptado a la fuerza.

—Aunque ella, claro está, no lo sabe —murmuró.

Cerró los ojos. ¿Qué había sucedido cuando perdió el conocimiento?

En aquellos momentos, pensaba en la posible conveniencia de destruir el Templo del Poder. Un rayo había brotado de la esfera facetada, alcanzándole en el cerebro.

Entonces había perdido el sentido.

¿Acaso Vyhuddar podía captar los pensamientos ajenos?

Se estremeció. En tal caso, significaba que el morador del Templo del Poder tenía la facultad de penetrar en las mentes ajenas.

Y quizá podía destruir un cerebro humano si lo creía necesario.

Sin embargo, ahora estaba pensando en destruir el ominoso Templo del Poder y no le sucedía nada ¿por qué?

Apartó aquellas ideas de su mente. Las amazonas estaban reunidas en alguna parte. De pronto, se le ocurrió que tal vez podría resultar interesante conocer los puntos de vista del pueblo de Kirtania.

¿Y si lograse llegar hasta su rey, Uberghis, según había oído mencionar a una de las amazonas?

Pasado un buen rato, se puso en pie.

Hizo unas cuantas flexiones. El accidente no había dejado ninguna secuela en su organismo. Su

forma física era perfecta.

Y, cosa curiosa, aún conservaba el revólver.



Abrió cautelosamente y miró en todas direcciones. Las calles estaban desiertas. Las cuatro lunas de Mohkar brillaban en lo alto.

A lo lejos, se oían débilmente numerosas voces femeninas, Evans sonrió para sí.

—Mujeres, gallinas cacareantes, ocas que graznan...

La aeromoto de Audrey estaba en la puerta. Vaciló un momento.

Había volado unas cuantas veces con la joven y había procurado fijarse en la forma en que ella pilotaba el aparato. El manejo de la aeromoto, por otra parte, no era demasiado difícil.

Cabalgó sobre el artefacto y presionó el botón de contacto. Luego manejó el mando de puesta en marcha. De repente, la motoneta salió disparada, describió una vuelta completa, en un plano vertical, y volvió a aterrizar.

Evans se puso pálido.

—¡Rayos! ¿Qué ha pasado aquí?

Comprendió lo sucedido a los pocos momentos. Antes de despegar, debía conectar el radar de nivel constante. Una vez lo hubo hecho, el aparato empezó a moverse con toda suavidad.

Procuró ganar altura, a la vez que aceleraba. A los pocos momentos, se sintió más seguro de sí mismo.

Tenía que usar la motoneta, cosa que no le agradaba demasiado, porque podían descubrir la falta y deducirían en el acto su ausencia. Pero si franqueaba la barrera de energía y no llevaba la motoneta, ya no podría regresar a la aldea.

La distancia hasta las cumbres era de unos ocho kilómetros. Aceleró gradualmente y, en pocos minutos, estuvo en condiciones de pasar al otro lado.

Bruscamente, oyó un grito:

—¡Eh, vuelve aquí! ¡No salgas, está prohibido...!

Evans maldijo entre dientes. La centinela estaba muy bien escondida y le había resultado imposible verla. Ahora, muy pronto, Audrey, Elyria y las demás conocerían su fuga y...

Era mejor no pensar en ello. Había ideado un plan y quería ejecutarlo, costase lo que costase.

El campamento kirtaniano estaba orientado al sur, considerando la situación geográfica con respecto a los polos del planeta. Evans decidió desviarse hacia el Oeste, con el fin de llegar por retaguardia, desde el sur y en dirección Norte.

Por el momento y, salvo la centinela, nadie parecía haberse dado cuenta de su vuelo. A los diez minutos, había perdido ya casi de vista al campamento y entonces inició el viraje, muy amplio, a la vez que ganaba altura.

Habría dado algo bueno por unos prismáticos, pero no podía soñar imposibles. A unos trescientos metros, niveló y empezó a volar lentamente. Las cuatro lunas de Mahkar emitían la suficiente luz para ver el campamento sin dificultades.

Los soldados dormían por pelotones y compañías, agrupados en unidades de combate, sin tiendas, al parecer innecesarias, dada la excelente temperatura que reinaba en aquella época. Había numerosos centinelas en el interior y las patrullas recorrían continuamente el perímetro, tratando de evitar así cualquier sorpresa desagradable.

De pronto, vio algo que llamó su atención.

Era una especie de caseta de grandes dimensiones, hecha de planchas de un material que no pudo distinguir, aunque supuso sería muy liviano. Aquélla era la única construcción existente en el

campamento y supuso estaría destinada a Uberghis, rey de Kirtania.

Al lado de la caseta, había un gran mástil, en el que ondeaba una extraña bandera de color azul oscuro, con orla amarilla. Dada la ausencia de viento, no pudo ver más detalles, pero supuso que era el estandarte real.

No lejos de la caseta, en un espacio despejado, divisó un numeroso grupo de personas, que parecían muy interesadas en un trabajo cuyo objeto no podía apreciar desde la altura. Decidió que debía llegar a la residencia de Uberghis.

Viró en redondo, perdió altura y descendió suavemente en una hondonada. Luego abandonó la aeromoto y emprendió a pie la marcha de aproximación.

De repente, cuando estaba a unos cincuenta pasos del borde exterior del campamento, vio una pareja de soldados que se movían en aquella dirección.

Inmediatamente, se tiró al suelo, detrás de unos arbustos. La vista de la patrulla le había hecho concebir una idea.

Esperó un poco más. Luego, cuando le hubieron rebasado, se puso en pie y agarró el revólver por el cañón. Con agilidad de felino, se acercó a los soldados. El revólver golpeó dos cráneos, muy rápido y seguido, y dos cuerpos se desplomaron instantáneamente.

Evans guardó el arma. Luego arrastró los dos cuerpos, sucesivamente, hasta el otro lado de los arbustos. Eligió al más alto de los vigilantes y empezó a desnudarlo para ponerse su uniforme.

Eran unos ropajes extraños: chaquetilla corta, de un tejido recio, pero liviano, camisa y pantalones con botas. Como no quería inspirar sospechas, escondió las armas y las cartucheras. Luego se puso su propio cinturón y echó a andar resueltamente.

Un poco más adelante, se cruzó con alguien que parecía oficial.

—¡Eh, tú!, ¿de dónde diablos sales?

Evans soltó una risita.

—Hombre, hay cosas que se deben hacer lejos de los demás —contestó.

—Ah...

El oficial continuó su ronda. Evans respiró aliviado. Si le hubiera visto con fusil al hombro y sin la pareja, habría sospechado inmediatamente. De este modo, pasaba desapercibido y su salida del campamento tenía un motivo lógico.

Continuó andando.

* * *

El grupo de hombres estaba frente a lo que parecía una gran consola de mando, provista de numerosas esferas de control. Desde la sombra, Evans escuchó sin dificultad lo que hablaban aquellos individuos.

—Es la única solución que existe para romper la barrera de energía —dijo uno—. Esa barrera es absolutamente invulnerable a cualquier arma que podamos utilizar. Por tanto, después de numerosos experimentos, llegamos a la conclusión de que lo único que se puede hacer es tratar de disipar esa energía, absorbiéndola.

—Como si se tratase del agua contenida en un recipiente —dijo un individuo, alto, fornido, con una gran barba rizada, de color rojizo.

—Exactamente, señor. Los equipos de contacto han ido a la cumbre, a fin de poner los cables en contacto con la barrera. Una vez lo hayan conseguido, nos lo avisarán y entonces haremos funcionar el que podríamos llamar antigenerador. En realidad, es un transformador, que recibirá la energía

de la cúpula y la disipará. Y entonces, tus tropas tendrán e! paso franco.

El hombre de la barba sonrió,

—¿Cuánto tardará eso, Brugai?

—No mucho. Diez, quince minutos, como máximo.

—Está bien. Voy a mi alojamiento. Avísame cuando vayas a iniciar la operación. Supongo que podré verla desde la puerta de mi residencia.

—En realidad, no se verá nada. Es como extraer el aire contenido en un frasco por medio de una bomba. El frasco queda vacío, pero no se ha visto salir el aire.

—Comprendido, Brugai. De todos modos, no dejes de avisarme. Me gustaría romper el fuego al amanecer.

—Podrás dar la orden, señor —contestó el hombre con acento servil.

Evans comprendió que el tipo de la barba era Uberghis. Discretamente, sin que nadie se fijara en él, caminó paralelamente al rey de Kirtania y tuvo la satisfacción de verle entrar en la caseta.

El experimento que iban a realizar los científicos, no le importaba demasiado. Consideraba que tenía un interés mucho mayor la conversación que pensaba sostener con Uberghis. Pero, de pronto, pensó que aquella conversación podía resultar interrumpida y decidió variar parcialmente sus planes.

Uberghis entró en la caseta. Evans dio la vuelta por detrás y caminó con aire inocente. Un par de patrullas se cruzaron con él, pero ninguno de sus componentes le demostró la menor atención.

Tranquilamente, sin alterarse, llegó junto a la puerta y tanteó con la mano. Encontró una especie de pestillo, lo movió y, empujando con los hombros hacia atrás, se coló de un salto en el cubículo.

Giró velozmente y cerró de un manotazo.

Uberghis, frente a él, le miró estupefacto.

Evans tenía experiencia para ciertas situaciones. Antes de que el barbudo pudiera reaccionar, saltó sobre él y le asestó un terrible puñetazo en el estómago. Uberghis se dobló sobre sí mismo, incapaz de soportar la potencia de aquel impacto. Evans finalizó la tarea, con un seco golpe del canto de su mano en la nuca de Uberghis.

# CAPITULO IX

El uniforme de Uberghis se diferenciaba bien poco del de sus soldados, salvo por una especie de hombreras, que Evans arrancó de sendos tirones. Uberghis no protestó; estaba sin sentido.

Evans sabía que el gigante dormiría de veinte a treinta minutos. Cerró la puerta y empezó a tantear la pared opuesta. La caseta era de construcción muy sencilla, de elementos prefabricados. No tardó en separar un panel.

Entonces, apagó la luz, una especie de lámpara eléctrica a pilas, se inclinó, cargó con el cuerpo de Uberghis y salió por la trasera. Un poco más adelante, se encontró con una patrulla.

—Mi compañero no se encuentra bien —dijo Evans, tranquilamente—. Creo que... —sonrió—, bueno, está un poco mareado y los otros se quejaban de sus ronquidos. Voy a llevarlo lejos, a que se le pase...

La patrulla continuó. Evans se alejó cien pasos fuera del perímetro del campamento. De pronto, oyó voces.

—¡Ya está hecho el contacto!

—¡Avisen a Uberghis!

—¡Conecta el aparato!

Evans se volvió un instante. De pronto, vio que se encendía un enorme resplandor en las montañas.

Tenía forma semiesférica y alcanzaba a varios kilómetros de altura. El color era blancoazulado, intensísimo, con leves oscilaciones de intensidad.

Pero fue una visión que duró muy pocos instantes. Súbitamente, en el lugar donde estaban los científicos, se produjo un colosal fogonazo, del mismo color que el de la cúpula.

Sonó un tremendo estallido. Evans vio volar cuerpos humanos por los aires, envueltos en aquel resplandor. Más allá, se oyeron gritos de pánico.

Las luces se apagaron. Un intenso olor a sustancias quemadas se esparció por el ambiente.

Reinaba una confusión absoluta. Los hombres corrían de un lado para otro, sin saber qué hacer. En medio de aquella baraúnda Evans, había reanudado la marcha, oyó un grito alarmante:

—¡Uberghis ha desaparecido!

Aceleró el paso, abrumado a pesar de todo por los ciento diez kilos de su prisionero. Al fin, aliviado, divisó la moto- neta en el mismo sitio en que la había dejado.

Uberghis quedó atravesado sobre el vehículo. Evans montó de un salto, accionó los mandos y la aeromoto se elevó instantáneamente.

Cuando se alejaba, oyó varios estampidos.

Volvió la cabeza un poco. Los obuses estallaron a unos trescientos metros del suelo, sobre las cumbres de las colinas. Era evidente que el aparato ideado por Brugai había constituido un fracaso total.

La barrera continuaba, insalvable, invulnerable, protegiendo con absoluta eficacia al pueblo de las amazonas.

✻ ✻ ✻

Uberghis despertó, con todos los síntomas de padecer un fenomenal dolor de cabeza, y se sentó,

apretándose las sienes con las manos. Al cabo de unos momentos, se sintió mejor y entonces vio al joven frente a sí, sentado con un pedrusco y con el revólver en la mano.

Luego miró a su alrededor y se percató de que estaba en un lugar que le resultaba completamente desconocido. A poca distancia, divisó la motoneta en que había viajado inconscientemente.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Mi nombre es Shorty —contestó Evans—. Eso debe ser más que suficiente. Entré en tu alojamiento anoche, te ataqué y dejé sin sentido y luego te traje hasta aquí. Alégrate, Uberghis; el experimento de Brugai fue un fracaso total. Su aparato succionó demasiada energía y se produjo una explosión que mató a varias decenas de personas. Incluso tu casa voló por los aires. Imagínate lo que habría pasado de haber seguido allí.

—Estás mintiendo...

—Tómatelo como quieras; lo cierto es que la cúpula continúa intacta. Alguien disparó unas cuantas salvas y las granadas no consiguieron perforar la barrera.

Uberghis emitió un bufido.

—Está bien, démoslo por cierto. Pero todavía no me has dicho qué quieres de mí.

—Una conversación, absolutamente sincera, sin que ninguno de los dos oculte nada.

—Shorty, no sé quién eres ni lo que pretendes en realidad, pero, ¿te das cuenta de lo que has hecho? ¿No eres capaz de adivinar que puedo destrozarte con las manos? Anoche, es cierto, me sorprendiste, pero ya no...

Impasible, Evans apuntó con el revólver a un pedrusco cercano y lo pulverizó de un balazo. Podía permitirse el lujo de desperdiciar un cartucho.

—Este chisme es lo mismo que uno de tus capones, sólo que más pequeño. Pero podría

atravesarte la frente, antes de que llegaras a tocarme —dijo—. Sin embargo, no me gustaría que me obligases a matarte. Hablemos como personas civilizadas, Uberghis.

—Sigo sin entenderte...

—Escúchame, no pienses que voy a retenerte prisionero durante toda la vida. Ahora, vamos a hablar; cuando hayamos terminado, si lo deseas, yo me iré por un lado y tú quedarás libre de volver con los tuyos. ¿Entendido?

—Muy bien. ¿De qué quieres que hablemos?

—De vosotros, de los de Zabal, de las amazonas... ¿por qué ese empeño de guerrear los unos contra los otros, todos contra todos y, además, sin dar ni pedir cuartel? ¿Sólo por poseer el Templo del Poder? ¿Es que no tenéis suficiente con lo que ya habéis conseguido, con vuestros territorios, vuestras ciudades...? ¿Por qué, Uberghis?

El barbudo se pasó una mano por la frente.

—Es cierto que ambicionamos tener el Templo del Poder, aunque, en ocasiones, me pregunto si representará alguna ventaja. Vivimos una temporada pacíficamente y luego, de pronto, sentimos el impulso de lanzarnos contra los otros... o decidimos atacar a las mujeres...

—¿Sin ninguna razón?

—Son nuestros enemigos —contestó Uberghis.

—¿Lo fueron siempre?

—No estoy seguro... Yo era pequeño, recuerdo épocas de paz... Venían los zabalinos, comerciábamos, intercambiábamos mercancías... Las amazonas vivían en su valle, pero nadie las molestaba... De cuando en cuando, venían a buscar hombres y éstos se marchaban con ellas voluntariamente. Muchas se volvían luego con el hombre elegido y se quedaban en Zabal o en Kirtania.,.

—Y un día, la situación cambió...

—Sí. Alguien nos facilitó armas, nos enseñó a manejar vehículos... No sé de dónde salieron; aun ahora, ignoro de dónde llegan los repuestos... Supongo que debe existir una gran fábrica en algún lugar que desconocemos. Mohkar es muy grande, ¿sabes?, y nosotros no somos muchos, aun juntando todos los habitantes de los tres pueblos... Eso duró algunos años, hasta que supimos manejar las armas y se extendió la leyenda del Templo del Poder, que está en el valle de las amazonas.

—Uberghis, si pudieras, ¿dejarías de guerrear?

El barbudo hizo un fruncimiento de cejas.

—Volveremos a nuestras tierras y oiremos llorar a las mujeres que han quedado allí; veremos la aflicción de las madres, las esposas, las hermanas... Pero, ¿qué demonios podemos hacer, si nos es imposible resistir a la tentación de atacar a nuestros adversarios? Es... como el hambre; llega la hora y tienes que comer para calmar el estómago.

—Comprendo. ¿No se te ha ocurrido nunca comentar esto con Kor-Btah o con Tessura?

—No, jamás. Los únicos contactos que hemos tenido han sido mediante las armas...

—Uberghis, a ti te gustaría vivir en paz.

—Es cierto.

—¿Por qué no vamos a hablar con Kor-Btah?

Hubo un momento de silencio. El gigante barbudo parecía considerar la propuesta.

—¿Y si él no quiere? —dijo al cabo.

—Al menos, lo habrás intentado. Por lo menos, habrás hecho un esfuerzo para concluir con esta matanza absurda, inútil, sin sentido. ¿Qué más vas a conseguir con el Templo del Poder? ¿Más riquezas? ¿Más comida, vino, placeres, diversiones? Puede que conquistes el Templo, pero también puedes morir, y aún eres joven, y tus soldados, en su gran mayoría, son todavía más jóvenes. ¿Por qué no tratas de convencerte a tí mismo de la necesidad de

parlamentar, antes de continuar esta insensata matanza?

—Está bien —cedió Uberghis, finalmente—. Iré a hablar con Kor-Btah, pero con una condición.

—Aceptada de antemano.

—Si Kor-Btah decide proseguir la guerra, tú serás mi prisionero y te juzgaré por... por desacato.

Evans ocultó una sonrisa.

—Acepto la decisión del tribunal de Kirtonia... siempre que Kor-Btah decida proseguir la guerra —contestó.

* * *

La motoneta volaba raudamente, soportando sin dificultades el peso de los dos cuerpos. Evans decidió no emplear la máxima velocidad, puesto que sabía que, por el momento, las fuerzas de Kor-Btah estaban en sus cuarteles y no pensaba lanzarse a ninguna empresa bélica por el momento. Ya habían tenido bastante con el asalto al valle de las amazonas.

—Uberghis, ¿cuáles son vuestras armas? —preguntó de repente.

—Los cañones de los tanques y las ametralladoras. También fusiles individuales, pero son muy anticuados; los de Zabal son mucho mejores y de tiro infinitamente más rápido.

—Me he podido dar cuenta de una cosa: vosotros tenéis tanques, pero los zabalinos no, aunque sí creo que disponían de un barco de guerra.

—Bueno, tiene media docena, que son en realidad, tanques flotantes, si bien armados con un solo cañón. Este, sin embargo, es de un calibre doble al de los nuestros.

—En cambio, las amazonas sólo disponen de lanzas y espadas. Carecen de armas de fuego, pero,

en cambio, tienen estas maravillosas aeromotos. ¿Por qué?

—Lo ignoro. Siempre ha sido así. Cada pueblo ha tenido sus propias armas. Algunas veces, hemos capturado fusiles zabalinos, pero no pudimos hacerlos funcionar y viceversa, ellos no consiguieron hacer andar a nuestros tanques. Y lo mismo ocurrió con las motonetas que capturamos a las amazonas.

—Muy extraño —convino Evans—. En ocasiones, sin embargo, necesitáis repuestos de armamento y municiones...

—Cuando eso ocurre, vamos a un lugar determinado y allí encontramos lo que precisamos...

—¿A quién se lo decís, cuando se advierte la escasez de material?

—A nadie. Simplemente sabemos que nos falta tal cosa, que la encontraremos en el lugar de costumbre y vamos a buscarlo, eso es todo.

Evans movió la cabeza varias veces.

—Incomprensible —dijo.

Pero, en realidad, empezaba a comprender lo que sucedía en Mahkar.

Y, si quería evitarlo, debía ser más listo que el misterioso ser que, en realidad, era el causante de aquella horrible situación, en la que la guerra era tan natural para los habitantes de Mahkar como la respiración.

Repentinamente, Uberghis extendió el brazo y señaló un punto situado ligeramente a proa de la motoneta.

—Allí, ésa es la ciudad de Kor-Btah —exclamó.

Evans maniobró para perder altura. A los pocos momentos, pudo distinguir más detalles de lo que Uberghis le dijo era la capital de Zabal.

Las construcciones eran sencillas, pero eminentemente prácticas y, además, no carecían de cierta gracia arquitectónica. La ciudad había sido planificada en estrella y las calles partían como

radios desde un mismo centro,

Desde el aire, parecía una gingatesca rueda de varios kilómetros de diámetro. En el centro había una espaciosa plaza circular y, cuando los dos recién llegados empezaron a acercarse al suelo, pudieron contemplar una escena singular.

Evans adivinó inmediatamente lo que iba a suceder.

—¡Rayos! ¡Van a matar a Tessura! —exclamó.

# CAPITULO X

La multitud congregada en la plaza prorrumpió en grandes gritos al ver la motoneta que descendía de las alturas. Evans empezó a temer por su propia vida.

Tessura estaba en una especie de patíbulo, formado por dos enormes troncos, muy flexibles, curvados hacia adentro y sujetos al suelo por medio de cuerdas a estacas profundamente hincadas en el pavimento. Ella tenía los tobillos sujetos a otras tantas estacas y las muñecas atadas por sendas cuerdas, sujetas también, a su vez, a los extremos de los árboles.

Cuando las cuerdas que mantenían la tensión fuesen cortadas de golpe, los árboles se enderezarían y Tessura perdería los brazos.

A pocos metros del suelo, Evans emitió un potente grito:

—¡Venimos en son de paz! No disparéis, os lo ruego. Queremos hablar con Kor-Btah... No hemos venido a guerrear, sino a parlamentar...

Un hombre recio, de mediana estatura, con frondosa barba negra, se destacó unos pasos.

—Yo soy Kor-Bath, rey de Zabal —proclamó orgullosamente—. ¿Quién eres tú y qué quieres?

Evans hizo que la aeromoto se posara en el suelo. Después de apearse, señaló a su acompañante.

—Uberghis, rey de Kirtania, viene conmigo. Yo soy Shorty... palabra que en mi país quiere decir «Hombre-Que- Busca-La-Paz» —mintió descaradamente.

—¿Buscas la paz, tú, que ayudaste a las amazonas a defenderse de nosotros? —se encolerizó Kor-Btah.

—¿Te lo ha dicho ella? —Evans señaló con la cabeza a la prisionera.

—Sí. Dijo que tenías unas armas poderosísimas, irresistibles, y que si no la soltábamos, arrasarías Zabal. Puedes matarnos a todos, pero no cederemos...

Evans se pasó una mano por la cara. «Maldita Tessura», se enojó interiormente.

—Bueno, puede que disponga de esas armas, pero no quiero utilizarlas —contestó—. Uberghis puede decirte algo al respecto —añadió.

—Es cierto. Shorty quiere la paz —declaró el aludido—. Me capturó sin dificultad y pudo haberme matado, pero me respetó la vida. Y yo creo que debes escucharle, Kor.

Kor-Btah asintió.

—Está bien, habla, Shorty.

—Gracias, pero... primero, ¿por qué no sueltas a Tessura? Ella también es reina y debe intervenir en estas conversaciones.

—Debe cederme la propiedad del Templo del Poder —gruñó Kor-Btah.

—¿Y si no quiere?

—Primero, le arrancaremos los brazos. Aún vivirá lo suficiente para que podamos arrancarle las piernas.

Evans se estremeció. De pronto, echó a andar hacia el patíbulo, con el revólver en la mano. Tessura

le miró fieramente.

—Si eso es un arma, mátame. No podría vivir en la vergüenza de haber cedido a las pretensiones de ese miserable...

—¡Cállate, estúpida!

Tessura abrió la boca, sorprendida por la inesperada respuesta. Evans disparó dos tiros y las cuerdas quedaron cortadas. Hizo dos disparos más para cortar las ligaduras de los tobillos y luego empujó sin contemplaciones a la amazona.

—Camina —ordenó.

Uberghis y Kor-Btah contemplaban la escena llenos de asombro, lo mismo que la mayoría de los espectadores. Evans y Tessura se acercaron a los dos hombres.

—¿Dónde podemos hablar sin que nos interrumpan? —preguntó.

—En mi residencia —contestó Kor-Btah.

—Guíanos —dijo Evans.

* * *

Uberghis se levantó, agarró una especie de ánfora, llenó una copa y la vació de un trago. Luego se volvió hacia los otros.

—Es la primera vez que me enfrento con vosotros sin usar las armas —declaró—. Y, aunque os parezca mentira, me siento muy contento.

Kor-Btah se sirvió también un poco de vino.

—Hay mucho de razonable en lo que ha dicho Shorty —manifestó—. Pero, ¿cómo resistir a ese impulso que nos acomete incomprensiblemente y al que no sabemos cómo combatir?

—Quizá haya un procedimiento —intervino Evans—. Sin embargo, sospecho que no le gustaría mucho a Tessura.

—¿Por qué no te explicas un poco mejor? —rogó

la amazona.

Evans recordó en aquel momento el extraño mal que le había acometido al regresar al valle.

—Lo siento —dijo—. No puedo expresarlo.

—Creo que tengo derecho a saber lo que te propones hacer —alegó la amazona—. A fin de cuentas, aún eres mi prisionero. Técnicamente, claro —añadió, a fin de hacer saber que se daba perfecta cuenta de la situación.

—Lo siento —repitió Evans—. Debes tener plena confianza en mí. Y vosotros dos también —se dirigió a los dos hombres—. Os lo podré explicar cuando haya terminado y entonces comprenderéis por qué no puedo decir nada ahora. No obstante, tengo la seguridad de que mi plan no fallará.

—Supongamos que aciertas —dijo Uberghis—. ¿Qué sucederá después?

—¿Después? Bien, tendréis que hacer un pacto, un tratado de paz, y os comprometeréis solemnemente a no quebrantarlo jamás. Habrá que nombrar una comisión, elegida entre los hombres y mujeres de mayor capacidad y de una honestidad fuera de toda duda, para que, eventualmente, juzguen las posibles transgresiones al tratado y cuyas decisiones, después de oído el presunto culpable, sean inapelables. Porque sois muchos en los tres pueblos y no se puede garantizar de un modo absoluto la conducta de todos y cada uno de los habitantes de Mahkar.

—Me parece justo —aceptó Kor-Btah—. ¿Qué más, Shorty?

—Habrá que proceder a un desarme efectivo, no meramente nominal; destruir todas las armas que sirvan para matar seres humanos. Los tanques serán desarmados y se convertirán en vehículos que sirvan para el progreso, y lo mismo los barcos de guerra, que se utilizarán para la pesca y el transporte...

¿Es muy grande el lago?

Uberghis sonrió.

—Es un océano y no sabemos aún qué hay en la otra orilla. Nadie ha llegado jamás hasta allá — contestó. —Algún día se hará ese viaje. Ahora lo principal de todo, lo más importante, es ver de conseguir la supresión de esos impulsos belicosos que os lanzan a la guerra intermitentemente. Ninguno la deseáis, pero todos acudís a la batalla con ánimo de exterminar al adversario. Nunca una guerra fue buena, pero hay ocasiones en que resulta justa. Aquí, por lo visto, jamás han existido motivos serios para el conflicto.

—Eso es cierto —admitió Tessura—. Y todavía hay más; en ocasiones, algunas de las amazonas han murmurado, por que querían vivir en paz... y más de una padeció porque el hombre con quien había tenido un hijo no podía estar más a su lado.

Evans sonrió.

—Procuraré remediar esas situaciones, pero, repito, debéis confiar en mí. A ti, Tessura, te habría podido matar decenas de veces. Hice prisionero a Uberghis y podía haberlo arrojado desde la motoneta y nadie lo habría sabido jamás. Ahora mismo, incluso —sacó el revólver—, podía dejaros tendidos en el suelo... pero no soy un asesino ni me gusta verter la sangre de mis semejantes. Naturalmente, tampoco me agrada ver cómo las gentes de este planeta se matan unos a otros salvajemente y sin poder obtener la menor ventaja a cambio de las vidas que se pierden.

—Una pregunta —dijo Uberghis—. ¿Cuándo piensas poner en práctica tu plan?

—Mañana. Hoy resulta ya un poco tarde y, además, me siento un tanto fatigado...

Repentinamente, se oyeron gritos en el exterior.

—¡Vienen las amazonas!

* * *

Evans se alarmó instantáneamente. Aquellas locas, se dijo, podían estropearlo todo. Encontraba lógico que quisieran rescatar a su reina, pero había confiado en que decidieran actuar más tarde. Si ahora se lanzaban a la batalla, todos sus esfuerzos resultarían inútiles y la situación volvería al principio.

«Y puede que ya no consiga jamás restablecer la paz», se dijo amargamente.

Fue el primero en salir y divisó la espesa nube de moscardones que se divisaba a lo lejos. Los hombres de Kor-Btah formaban ya sin necesidad de órdenes, y se agrupaban en pelotones y compañías, todos ellos con los fusiles dispuestos a lanzar mortíferas salvas.

Había que hacer algo antes de que se produjera una catástrofe. Las amazonas estaban ya a menos de mil metros y empezaban a desplegar, para lanzarse al ataque.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—¡Tessura, ven!

La amazona apareció en el acto.

—¿Shorty?

—Sube conmigo —ordenó él—. Tienes que detener a tus guerreras; debes decirles que se ha acordado la paz y que ya no corres peligro. ¿Has comprendido? —Sí. ¡Vamos!

Evans saltó sobre la aeromoto. Tessura montó tras él y el aparato se elevó instantáneamente.

Conducida por el joven, la motoneta ascendió a una velocidad que dejó pasmada a Tessura, no acostumbrada a ello. Evans pilotó el aparato rectamente hacia las amazonas, mientras Tessura agitaba los brazos para hacerles señas y ser reconocida.

Al llegar a las inmediaciones de las primeras filas,

Evans evolucionó de modo que las amazonas reconocieran a su reina.

—¡Alto! —gritó Tessura—. Suspended el ataque. Estoy libre, no me ha sucedido nada. Hemos acordado la paz y ya no hay motivos para luchar.

Dos motonetas se acercaron rápidamente. Atónito, Evans reconoció a Audrey, armada como las demás y con la expresión de quien estaba dispuesta a la lucha.

—«Piernas», ¿te has vuelto loca? —gritó.

—Robaste una motoneta y nos traicionaste —contestó ella—. Tienes que pagar ese delito...

—No seas estúpida —la apostrofó el joven—. Será mejor que descendamos para discutir el asunto.

—Me parece que no hay mucho que discutir, Shorty. ¿Elyria?

La otra amazona hizo un leve gesto.

—Hablaremos mejor en el suelo —convino.

Audrey se volvió hacia las demás amazonas.

—Descended, pero no hagáis nada, mientras yo no lo disponga —ordenó.

Evans se quedó atónito. ¿De dónde había sacado Audrey semejante autoridad?

Lo supo muy pronto, después de aterrizar, cuando le dijo que ya no había motivos para la batalla, ya que había establecido un armisticio y pronto se acordarían las condiciones definitivas para la paz.

—Rechazo ese acuerdo —dijo Audrey altaneramente.

—¿Por qué? —preguntó Evans.

—Ahora yo soy la reina del pueblo de las amazonas y no quiero firmar la paz con nuestros enemigos sempiternos —contestó la joven.

* * *

Evans se encolerizó.

—¡Estás loca! ¿Quién te ha otorgado ese rango? ¿Han aceptado las demás mujeres que te proclames reina?

—Yo estoy dispuesta a aceptaría como mi reina —intervino Elyria—. Y no soy la única.

Evans sintió unos deseos terribles de empezar a golpes con aquellas dos chifladas, pero se contuvo, pensando en que, si había venido a buscar la paz, debía dar ejemplo y dialogar en lugar de usar las armas de sus puños.

—Mira, Audrey, no sé lo que te pasa, pero si me dejas exponer la situación...

—¡No se hable más! —cortó la joven—. He tomado mi decisión. No quiero la paz. Si te has hecho amigo de esos miserables, vete con ellos y prepárate a defenderte, porque os vamos a atacar inmediatamente.

—¡Un momento! —gritó Tessura—. Parece que estás tomando muchas decisiones sin contar conmigo.

—Tú ya no eres nadie —dijo Audrey desdeñosamente.

—Creo que estás equivocada. Todavía sigo siendo la reina, por mucho que Elyria y unas cuantas estúpidas hayan decidido aceptarte. Pero todas ellas, y tú también, habéis desconocido la ley de nuestro pueblo. Soy reina por herencia, pero también puedo dejar de serlo, si se considera que mi gestión de gobierno no ha sido acertada. Entonces, cualquier otra amazona tiene derecho a reclamar mi puesto... y puede conseguirlo si acepta un duelo de muerte. Si gana, es reina; si es vencida, las demás se reúnen y eligen a otra para sustituir a la ganadora que, de todos modos, ya no puede seguir en su puesto. Bien, Audrey, te has proclamado reina; ahora, gana la corona o muere.

Audrey palideció. Evans contuvo una risita.

«No habías dado en ello, ¿eh? Pensabas que ser reina era, simplemente, desearlo y que te lo aceptasen unas cuantas histéricas y no ha sido así», se dijo.

Pero, inexplicablemente, Audrey aceptó el reto.

—De acuerdo, lucharé por la corona —exclamó.

Y, blandiendo su lanza, se situó en posición de combate.

Elyria arrojó su lanza a Tessura.

—Ella ha aceptado el reto —exclamó

Evans se aterró.

Audrey no tenía apenas nociones de lo que era un combate con armas y menos aún con aquellas atroces lanzas de dos hojas. Tessura vencería fácilmente; no en vano llevaba años y años no sólo entrenándose, sino peleando realmente. Evans se afligió al pensar que Audrey podía no morir, pero sí quedar gravemente herida, con un brazo o una pierna de menos, como había visto a más de una amazona después de las batallas. Aquella joven tan hermosa, tan bien proporcionada... podía acabar con algún miembro de menos, en el mejor de los casos, porque también podían echarle las tripas fuera...

—¡Esperad! —gritó de pronto, cuando las dos jóvenes se disponían a iniciar el asalto.

Audrey y Tessura se volvieron hacia él.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó «Piernas Largas» de mal talante.

—No trates de impedir el combate —dijo Tessura malhumoradamente—. Ella puede ser amiga tuya, pero voy a darle una lección que no olvidará jamás.

—Un momentito, por favor —insistió el joven—. Se trata de una costumbre de mi planeta... una especie de ceremonia que se celebra antes de los combates... Aguardad, por favor.

Uberghis y Kor-Btah contemplaban la escena a poca distancia. Evans corrió hacia ellos y habló con el segundo. Kor- Btah se sintió extrañado de la

petición que le hacía el joven, pero acabó por asentir y ladró una orden a dos de sus hombres.

Cinco minutos más tarde, Evans disponía de dos cubos repletos de agua. Cargó con uno y se acercó a Audrey, que le contemplaba con extrañeza, sin comprender en absoluto

Súbitamente, el contenido del cubo fue a parar al rostro de la joven. Audrey gritó y manoteó y soltó la lanza. Evans le arrojó el segundo cubo. Luego, agarrándola de la mano, la arrastró hacia donde estaba Tessura. Apoyó sus manos en los hombros de Audrey, obligándola a arrodillarse y dijo:

—Te reconoce por reina. Ha desistido de pelear.

Tesura sonrió levemente.

—Acepto su rendición —contestó.

# CAPITULO XI

Atardecía. Evans y Audrey se sentaron sobre una roca, en un lugar elevado, desde donde se dominaba completamente la capital de Zabal.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él.

—Creo que vuelvo a ser yo —respondió la joven —. Cuando hablaba como me escuchaste, cuando quería luchar, me daba cuenta de que no debía hacerlo, pero, no obstante, una fuerza superior a mí, me impulsaba a actuar de aquella forma. Quería resistirme, pero me era imposible. Esa fuerza era irresistible, ¿comprendes?

—Creo que te entiendo perfectamente, «Piernas».

—El cubo de agua obró como un revulsivo y, de repente, pareció como si borrase de golpe todos esos sentimientos de odio que abrigaba hacia... mis enemigos. También' desapareció mi ambición de ser reina... Shorty, ¿qué me sucedió? ¿Cómo pudo apoderarse de mí semejante locura?

—Creo que muy pronto estaré en condiciones de explicártelo todo —respondió él—. Ahora, sin embargo, no puedo hablar. Trata de ser paciente.

—Todo proviene, me parece, del Templo del Poder...

—¿De veras? Yo no lo pienso así.

Audrey le miró extrañada.

—Shorty, no digas cosas raras.

—Perdona, encanto, pero me parece que estás equivocada. Aunque, en el fondo, lo que importa es que hayas vuelto a la razón.

—Estaba loca —admitió ella—. No hay otra forma de explicar lo que me sucedía... —Se estremeció—. Y quería luchar contra Tessura. Me habría matado, seguramente...

—Sí. O quizá algo peor: podía haberte cortado un brazo o una pierna... Tan bonitas como son... —rió Evans—. Bonitas y ligeras, Audrey.

Ella entornó los ojos.

—¿Has olvidado ya a Geraldine Van Kotterdam?

—Pues la verdad es que, con estos días tan movidos, apenas si he tenido tiempo de pensar en ella. Pero no la he olvidado, por supuesto.

—Y sigues pensando en casarte con Geraldine.

—Si puedo volver a la Tierra, lo haré.

—Bien mirado, y dejando de lado su riqueza, es una muchacha encantadora. Lo que no comprendo es cómo pudo enamorarse de un sargento de policía y, menos aún, cómo te aceptaron sus padres.

—Los Van Kotterdam son menos orgullosos de lo que crees y lo único que desean es que su hija sea feliz.

—Dejarás la Policía, supongo...

—Veremos. Estoy a punto de ascender. Y la profesión me gusta. Geraldine lo sabe y... Pero ¿por qué hablamos de esto, si nos encontramos tal vez a miles de años luz de la Tierra y, probablemente, no volveremos allí jamás?

De pronto, Evans se había sentido desazonado. Dio una patada en el suelo y exclamó:

—Audrey, cuando haya terminado aquí, volaré al lugar donde llegamos. Quizá se produzca de nuevo otro contacto con la Tierra y...

Repentinamente, la atmósfera vibró delante de ellos.

Audrey lanzó un grito de terror y se apretujó contra el joven.

Evans frunció el ceño. La vibración de la atmósfera, que alteraba las imágenes de los cuerpos que se veían a su través, se producía en un espacio muy limitado, de poco más de un metro cúbico.

Entonces, inesperadamente, algo se materializó a poca distancia de los dos jóvenes.



Evans y Audrey contemplaron estupefactos aquel cajón transparente, en cuyo interior se veía una cabeza humana, de contornos borrosos, flotando sobre lo que parecía un líquido ambarino, completamente transparente. El rostro de aquel ser, de apariencia vagamente humana, parecía pertenecer a una persona infinitamente vieja. Sin embargo, Evans presintió en el acto que aquel ser no pretendía causarles daño.

—Así es —dijo el desconocido—. No quiero causaros el menor daño. Al contrario, voy a ayudaros.

Evans reaccionó.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Vyhuddrin, de los Vyhunn. Tú tratas de luchar contra Vyhuddan, ¿no es cierto? -Sí.

—Es malo, siempre lo fue; nunca tuvo buenas inclinaciones. En nuestra raza, cada cierto tiempo, a veces decenas de siglos, nace una persona como

Vyhuddan. Supongo que eso sucede en todas las razas galácticas, pero, en nuestro caso, es bastante peor, debido a los poderes de que disponemos desde el momento mismo de nuestro nacimiento.

—De modo que es Vyhuddan el culpable...

—En efecto.

Evans sonrió.

—Lo había adivinado —dijo.

Audrey se asombró.

—¿Cómo? Tú sabías...

—Calla, por favor —rogó el joven—. Continúa Vyhuddrin.

—Cuando uno de nosotros llega al estado de adulto, tiene que abandonar Vyhunn, nuestro planeta, y elige otro para vivir y ayudar a los nativos, si lo necesita. Pero cuando nace uno como Vyhuddan, sucede exactamente lo contrario.

—Voy comprendiendo —dijo Evans—. Sin embargo, vosotros podríais hacer algo...

—No, eso es algo que corresponde a los nativos.

—Un momento. Ésta chica y yo somos de la Tierra, de otro planeta muy distinto...—Ahora estáis aquí.

Evans comprendió el sentido de la respuesta.

—Es cierto —convino—. Tenemos que hacerlo nosotros.

—Sí.

—¿No puedes darnos alguna idea, sugerirnos algo...?

—Sólo te diré una cosa, pero tienes que adivinarlo tú. Perdona, pero es nuestra ley y, a fin de cuentas, Vyhuddan es de mi raza. Yo sólo soy una especie de inspector volante, destacado por el Consejo Máximo de Vyddun, a fin de resolver esta situación. ¿Crees que nos gusta saber que uno de los nuestros está causando daños constantemente a los nativos de Mahkar?

—Evidentemente, no —admitió Evans—. Pero

tú... puedes desplazarte por el espacio...

—Con el permiso del Consejo Máximo.

—Vyhuddan también podría hacerlo...

—No, está enraizado en Mahkar, y cuando digo enraizado, no hablo metafóricamente. Al establecerse aquí, debió adoptar esa decisión, sabiendo que ya no podría abandonar el planeta. Es enormemente poderoso —no «infinitamente», ninguno de nosotros lo somos—, pero su poder no llega al extremo de poder cortar las raíces que le unen al suelo de Mahkar. No, sin permiso del Consejo Máximo, y no se lo darán, y es impotente para luchar contra esa decisión, por muchos conocimientos que haya adquirido en sus sesenta y tres mil años de existencia. Pero, al mismo tiempo, nosotros no podemos evitar ni modificar sus acciones. Son nuestras leyes, entiéndelo.

—Desde luego.

—Y cuando surge un individuo como Vyhuddan, son los habitantes de ese planeta quienes deben luchar contra él... o convertirse en sus esclavos.

—Te he comprendido muy bien, Vyhuddrin —declaró el joven—. Ya no necesito saber más.

—Lo celebro. Me siento feliz de haberos conocido.

Evans se dio cuenta de que el Vyhunn se disponía a marcharse y levantó una mano.

—Por favor —rogó—. ¿Sabes si esta joven y yo podremos volver a la Tierra?

En el borroso rostro de Vyhuddrin apareció la sombra de una sonrisa.

—¿Quién sabe? —contestó—. Adiós, amigos.

Vyhuddrin desapareció. Evans se puso en pie y agarró excitadamente las manos de Audrey.

—Ahora ya sé cómo conseguirlo —exclamó.

—Conseguir, ¿qué? —preguntó ella.

—Mañana lo verás.

De pronto, la atrajo hacia sí y le dio un beso.

Audrey le miró sorprendida.

—Sargento, eso no se hace con una ladrona —rió.

—Perdona, no pude contenerme...

—No te preocupes; descuida, no se lo diré a Geraldine. Pero, hablando de otra cosa, Shorty, ¿Cuando...?

—Mañana —contestó él resueltamente.

* * *

Durante el viaje, habían hecho un alto, momento en que Evans se había entregado a una extraña tarea. Audrey había insistido en acompañarle y él no había puesto ningún inconveniente, deseoso de que la joven fuese testigo presencial de su labor.

Cerca del mediodía, avistaron el pueblo de las amazonas. La cúpula continuaba intacta. El ejército de Uberghis había vuelto a sus cuarteles.

Minutos más tarde, estaban en las inmediaciones del Templo del Poder. Audrey se sentía vagamente aprensiva, pero, al mismo tiempo, confiaba en Evans. De pronto, el joven se inclinó y recogió algo que hizo saltar en la palma de la mano.

Audrey contempló intrigada el guijarro, redondeado pero liso y casi esférico, de un diámetro ligeramente superior a los cinco centímetros. Con gesto grave, Evans movió la cabeza.

—Servirá —dijo a media voz.

Audrey no se atrevió a hacerle preguntas. Presentía, no obstante, que el desenlace estaba próximo.

Entonces comprendió la utilidad del objeto que Evans se había fabricado con un trozo de cuero y unas cintas. Evans puso el guijarro en el cuero, agarró las cintas por el extremo opuesto y empezó a dar vueltas al instrumento.

A cada segundo aceleraba sus movimientos. Audrey le vio serio, concentrado en sí mismo, con la frente cubierta de minúsculas gotitas de sudor.

El guijarro volteó velocísimamente. De súbito, Evans soltó una de las cintas.

La piedra voló hacia la altura a velocidad de vértigo. Evans contuvo el aliento.

El impacto se produjo en el lugar deseado. La esfera facetada se descompuso repentinamente en millares de fragmentos, que salieron despedidos en todas direcciones.

Algo emitió un horrible alarido, cuyas agudas notas vibraron por todo el valle. Evans sonrió, satisfecho.

—Cuando era chiquillo, me gustaba tirar con honda —dijo—. Incluso, a veces, salía a cazar... y volvía con algún conejo para la cena.

Bruscamente, echó a correr hacia el edificio. Audrey le siguió, presa de una singular excitación.

Las puertas se abrieron con sólo empujarlas. Evans subió las escaleras en un par de saltos y apartó las cortinas a manotazos.

Entonces vieron el cajón de vidrio que había en aquel espacioso cubículo. Y, en su interior, se divisaba un rostro, cuyas facciones deformadas expresaban un infinito sufrimiento.

—Me has... destruido... —dijo el Vyhunn.

—Sí —contestó Evans—. Te lo merecías.

—Yo sólo quería ayudar...

—¡Mentira! Eres un ser absolutamente despreciable. Bajo el pretexto de ayudar a los nativos, lo único que hacías es procurarte la diversión que te proporcionaban sus continuos conflictos bélicos, conflictos que tú mismo provocabas, influyendo en sus mentes a través de las emisiones mentales que lanzabas por medio de la esfera facetada que yo he destruido de una pedrada.

—Naciste inclinado al mal y querías que los

demás compartieran tus perversos sentimientos. A unos les diste unas armas y otras distintas a otros, y ellos guerreaban porque tú lo querías, y porque querías disfrutar con sus padecimientos, porque querías sentirte omnipotente, haciéndoles moverse como títeres colgados de unos hilos que tú movías a tu antojo.

—¡Mahkar es mío! —clamó Vyhuddan frenéticamente.

—Ya, no; ahora es un mundo libre, libre de tu maléfica influencia, de tu infernal poder... Ya no lucharán más entre sí y volverá a ellos la paz que tú no quisiste concederles. Lo que te sucede no es sino la expiación de los crímenes que has cometido. Los hombres y mujeres que murieron sin saber que alguien deseaba sus muertes, exigían esta justicia y yo se la he dado.

—Me... muero... —dijo Vyhuddan—. Ya... no siento... mis raíces...

Luego era verdad, pensó Audrey. Vyhuddan estaba enraizado en Mahkar. En sesenta y tres mil años, ¿qué profundidad no habrían alcanzado aquellas raíces? Ni siquiera se atrevía a calcularlo.

El suelo tembló súbitamente. Las facciones de Vyhuddan empezaban a esfumarse.

—Yo hice todo esto... Les di bienestar...

—Construiste todo para tus perversas diversiones y les diste sangre y muerte, pero no bienestar —dijo Evans duramente.

—Yo sólo quería...

La voz del Vyhuddan se hizo ininteligible. El suelo volvió a temblar.

De pronto, el cajón de vidrio estalló, rompiéndose en mil pedazos. El líquido amarillento que había en su interior, se desparramó por el suelo. Trozos de una sustancia algo más sólida, repugnante, horriblemente hedionda, se deslizaron en varias direcciones. La voz de Vyhuddan había dejado de

escucharse.

Evans agarró la mano de Audrey y tiró de ella. Las sacudidas eran cada vez más fuertes.

Salieron fuera y corrieron ladera abajo. De repente, se oyó un tremendo estrépito.

Se volvieron. El templo del Poder se derrumbaba aparatosamente. En pocos segundos, sólo fue un enorme montón de escombros.

# CAPITULO XII

Audrey se puso las manos en las sienes.

—Parece como si se me hubiese pasado una fuerte jaqueca...

—Vyhuddan ya no penetrará jamás en otras mentes —dijo él.

—¿Así que era eso? —murmuró Audrey.

—Sí, y la esfera le permitía lanzar su poder mental hacia el punto deseado, y así penetraba en los cerebros y les infundía ideas de odio y rencor, que tenían que cristalizar indefectiblemente en la guerra. Por alguna parte —continuó el joven—, debe de haber una inmensa fábrica, seguramente atendida por robots, de donde salen las armas y pertrechos que luego utilizan los nativos. Pero eso es algo que no corre prisa, por el momento.

Audrey se volvió hacia el joven.

—Shorty, tú no querías mencionar tus planes, ni siquiera citabas el Templo del Poder para nada. ¿Temías que te sucediera algo malo?

—Verás... Vyhuddan, en medio de todo, tenía ciertas limitaciones. Podía captar nuestros pensamientos, pero sólo hasta un límite y con determinadas condiciones. Si yo pienso en una cosa y, al mismo tiempo, lo expreso verbalmente, pero a mil metros del lugar en que te encuentras, tú no

podrás oír mi voz.

—Evidentemente —contestó Audrey.

—Pero Vyhuddan, sí podía oír, aunque la voz sonara a cientos de kilómetros de distancia. Tal vez penetraba en mis pensamientos, pero le faltaba el complemento de la voz. Sin la voz, no podía tomar... contramedidas, ¿vas comprendiendo?

—Prosigue —rogó ella—. Es... apasionante.

—Entonces, recuerda el día en que me desvanecí súbitamente. Se me ocurrió que la solución estaba en el Templo del Poder. Y, a media voz, hablando conmigo mismo, dije: «Tal vez, si lo destruyese...». Vi brillar una chispa en la esfera y, al mismo tiempo, creí que me abrasaba el cerebro. Entonces, me desmayé...

—Y luego comprendiste lo que había sucedido.

—Sí, aunque no fue cosa de un día. Además, te veía a ti muy cambiada, muy beligerante; eso no era lógico. Incluso llegué a pensar que estabas drogada.

—¡Horror! —se espantó Audrey—. Jamás he probado las drogas, Shorty.

—Lo sé. Por eso pensé en la influencia mental de Vyhuddan y deduje que era preciso destruir la esfera... el lugar donde estaba precisamente su cerebro.

—Ahora lo entiendo todo. Al destruir la esfera, destrozaste su cerebro.

—Sobrevivió unos segundos, como sabes, pero los daños eran ya irreversibles.

Audrey suspiró.

—Has realizado una magnífica labor, Shorty. Pero, ¿qué haremos ahora?

Evans movió la cabeza.

—Tendremos que explicarles muchas cosas a los nativos, hacerles comprender que la paz es el estado más satisfactorio de los seres humanos, procurar que haya armonía entre ellos y...

—Shorty, ¿nos quedaremos aquí para siempre?

Evans guardó silencio. No se atrevía a dar una respuesta.

✻ ✻ ✻

Algunos días más larde, encontraron los restos de dos automóviles.

Evans levantó la vista hacia la pequeña loma. Por aquella ladera habían descendido...

Repentinamente, algo empezó a borrar la cumbre de la loma.

—¡Audrey, el contacto! —gritó.

Ella vio la niebla y lanzó un chillido.

—¡Shorty!

Evans agarró su mano y tiró con fuerza.

—¡Vamos, vamos, aprisa!

Subieron a la carrera y, sin pensárselo dos veces, se adentraron en la niebla. No había ruidos ni veían otra cosa que una sustancia gris, densísima, pero impalpable al mismo tiempo. Y, repentinamente, salieron a la luz.

—¡La Tierra! —gritó Audrey.

Evans respiró aliviado.

Luego torció el gesto.

—Veremos lo que dice el jefe, cuando vea que vuelvo después de varias semanas de ausencia, sin noticias...

Audrey se puso seria.

—Shorty, ¿qué piensas hacer conmigo? —preguntó.

—Dame la diadema. Diré que... te fuiste al Brasil.

—Está bien. r

Avanzaron a lo largo de la carretera. Evans se percató de la ausencia de vehículos.

Poco más tarde, llegaron a la carretera. El pasaje, apreció Evans parecía haber sufrido notables cambios. Evans se sentía desconcertado, porque no

comprendía lo que podía haber sucedido.

De pronto, vieron venir un coche. Evans le hizo señas y el conductor se paró.

—Suban —dijo—; les llevaré a la ciudad.

—Gracias, amigo.

Evans tuvo una pregunta en la punta de la lengua, pero prefirió callar. El coche, apreció, era de un modelo muy distinto al suyo. Tal vez había salido de la fábrica pocos días antes.

El hombre les dejó en un punto relativamente céntrico.

Evans y Audrey se apearon y miraron estupefactos a su alrededor.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? —exclamó la joven—. Esto no parece...

Evans dio una vuelta entera sobre sí mismo.

—Realmente, la ciudad ha cambiado mucho —dijo—. Pero es «nuestra» ciudad. Mira, el edificio del Ayuntamiento. Ese no ha cambiado.

—Respiro —contestó Audrey—. Por un momento creí haber llegado a otra ciudad.

—Sin embargo, todos los coches son de un modelo distinto... ¡Y hay aceras deslizantes!

Incluso la indumentaria de las personas había cambiado. La mayor parte usaban trajes de una sola pieza, cómodos y livianos, muy parecidos a los que ellos llevaban puestos en aquellos momentos.

—Shorty, aquí sucede algo —dijo Audrey—. No es posible que se haya producido un cambio tan grande en pocas semanas.

Vacilante, Evans echó a andar, porque no estaba seguro de su estabilidad mental. Quizá lo estaba soñando...

—Audrey —murmuró.

—Dime, Shorty.

—Quiero irme a casa.

Ella le miró con interés.

—¿Te sientes mal?

—No sé qué me pasa... Esto no es natural...

—¿Quieres que te acompañe? Oh, perdona, olvidaba la diadema. Tómala, devuélvela a su dueña.

Audrey le entregó una bolsita de terciopelo negro. Evans la cogió maquinalmente y, casi en el mismo momento, lanzó un grito:

—¡Pues claro que estamos en nuestra ciudad! Mira, allí viene Geraldine... —Echó a correr—. ¡Geraldine, Geraldine! —llamó a voz en grito.

La muchacha se detuvo. Audrey, despechada, sin saber por qué, avanzó unos pasos y se paró también, mordiéndose los labios.

—¡Geraldine! —exclamó Evans—. ¡Qué alegría verte de nuevo! ¡He estado ausente contra mi voluntad, pero deja que te explique...!

La muchacha sonreía amablemente.

—Me parece que se equivoca, caballero —dijo—. Yo no le he visto a usted en los días de mi vida.

—Pero... Geraldine, ¿cómo puedes decir tal cosa? Soy yo, Shorty, tu prometido...

—¿De veras? —Ella rió levemente irónica—. Pues es la primera noticia que tengo de estar comprometida para casarme.

—No comprendo en absoluto. Eres tú, Geraldine Van Kotterdam...

La chica hizo un gesto con la mano.

—Me parece que ya entiendo —dijo—. Usted, sin duda, se refiere a mi bisabuela Geraldine. Todos dicen que me parezco extraordinariamente a ella. Debe ser cosa de la herencia, supongo. Además, mi apellido es Ormsville, que es el de mi padre, naturalmente, y él, a su vez, es hijo de otro Ormsville, mi abuelo, descendiente de John Paul Ormsville, que fue el que se casó con Geraldine Van Kotterdam. Pero ya hace más de setenta años de ello, señor...

Evans tenía la boca abierta.

—Tú... usted... biznieta de Geraldine...

—Así es, señor. ¿Acaso la conoció usted? Murió

¡hace diez años...

Evans se pasó una mano por la cara.

—Geraldine, muerta...

—Lamentablemente, así es, y yo sólo tenía nueve años cuando ella falleció. Era una ancianita encantadora... Pero si quiere hablar con su hija, esto es, mi abuela...

—No, no, muchas gracias, señorita. La... lamento la confusión.

Ella le miró con atención.

—Usted parece bastante joven —dijo—. ¿Cómo es posible que conociera a Geraldine?

—Vi... un retrato suyo... Discúlpeme, señorita Ormsville... He tenido mucho gusto...

Evans dio media vuelta. De pronto, recordó algo.

—Perdón de nuevo. ¿Puede decirme en qué año estamos?

—Oh, sí, claro, en el dos mil setenta y uno.

—Gracias.

La muchacha se alejó, alta, esbelta, cimbreante. Evans sintió una punzada de dolor. Salvo por la indumentaria, podía decirse, que era el doble de la Geraldine a la que había amado.

Audrey aguardaba a unos pasos de distancia. Evans se acercó a ella, renuente.

—¿Lo has oído?

—Todo.

—Hemos estado en Mahkar sólo unas semanas, pero aquí han transcurrido casi tres cuartos de siglo.

—Entonces, mis delitos han prescrito —sonrió Audrey.

—Oh, ¿cómo puedes preocuparte ahora de esa minucia? —dijo él, irritado. De pronto, reparó en la bolsa—. Debería habérsela devuelto...

Audrey extendió la mano.

—Todavía estás a tiempo —indicó.

Evans echó a correr. Audrey le vio hablar con la muchacha, quien tomó la bolsa de terciopelo,

bastante perpleja. Habló un poco, Evans contestó y luego se despidió de ella.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Audrey, cuando Evans hubo vuelto a su lado.

—Conoce la historia de la diadema robada y sabe que nunca se recuperó. Ha querido que le dijera cómo la encontré; yo le he dicho que apareció en una casa que se derribaba, para construir otra nueva...

—No es mala excusa —aprobó la joven—. Shorty, ¿qué hacemos ahora?

Evans agarró el brazo de Audrey.

—Vamos a saber qué fue de nosotros en el año mil novecientos noventa y siete —contestó.

* * *

La noticia apareció al fin, después de varias horas de tenaz búsqueda en los archivos del Sentinel.

—¡Ah, aquí está! —exclamó Evans—. Escucha, Audrey... —y empezó a leer—: «Continúan sin éxito las pesquisas para la búsqueda del sargento Evans, desaparecido misteriosamente, cuando perseguía a una tal Audrey Brand, a la que se suponía autora del robo de una diadema valorada en más de seiscientos mil dólares, sustraída de la residencia de los señores Van Kotterdam. Según noticias confidenciales, los altos cargos de la Policía sospechan que el sargento y la ladrona se habían puesto de acuerdo para robar la valiosa joya y que es muy posible que hayan huido a algún país sudamericano, con nombre supuesto...» ¿Eh, qué te parece, Audrey?

Ella se mordió el labio inferior.

—Sin noticias nuestras, es lógico —contestó—. Lo siento por mi padre, murió sin saber qué había sido de mí...

—Yo también tenía padre, madre y tres hermanos —dijo Evans melancólicamente.

Hubo un momento de silencio. Luego, Evans se volvió hacia Audrey.

—Me vuelvo a Mahkar —decidió repentinamente.

Ella se sobresaltó.

—¿Quieres vivir allí? —exclamó.

—Hay una razón poderosa, aparte de que es un mundo que ha llegado a gustarme. Desde nuestra llegada a Mahkar, han transcurrido aquí setenta y cuatro años. Supongo que tiene algo que ver con las distintas dimensiones en que se encuentran ambos planetas, pero la explicación nomine importa demasiado. Tampoco me importa envejecer, cuando llegue mi hora... pero lo que no querría es envejecer ahora, bruscamente, en semanas o días o acaso horas; porque en estos momentos, yo tengo ciento nueve años y tú... noventa y nueve, me parece... Y si nos quedamos aquí, es posible que recorramos en pocas horas el tiempo que aquí ha necesitado setenta y cuatro años para transcurrir con normalidad. ¿Lo entiendes, Audrey?

—Sí, lo comprendo perfectamente, pero sólo veo un punto débil en tu argumento.

—¿Cuál, por favor?

—¿Y si la niebla se ha disipado ya? Es decir, si la Tierra y Mahkar han roto el contacto...

Evans meditó un instante. Luego se puso en pie.

—Voy a comprobarlo —dijo.

—¡Aguarda, no me dejes atrás! —pidió ella.

El joven sonrió.

—¿También quieres volver allí?

Los ojos de Audrey chispeaban.

—Sí, quiero volver a Mahkar.

Evans agarró su mano.

—Tal vez estaba escrito que no me casara con Geraldine —murmuró.

—¿La echas de menos?

Evans hizo un gesto negativo.

—No se puede echar de menos a lo que no ha

sido —contestó significativamente.

Cuando llegaron, la niebla estaba en lo alto de la colina. Antes de entrar, Evans se volvió, hacia la joven.

—Audrey, has cometido tu último robo —dijo.

—No he robado nada —se sorprendió ella.

Evans pasó una mano en torno a su cintura y se inclinó hacia su oído.

—Mi corazón —susurró.

—¡Oh...! —Audrey rió suavemente—. Ha sido un robo recíproco, querido.

Lentamente, se adentraron en la niebla. Sus siluetas se esfumaron rápidamente y acabaron por desaparecer.

De pronto, se oyó un extraño sonido, que brotaba del interior del banco de niebla.

—Conque nos fuimos a Sudamérica, ¿eh? ¡Ja, ja, ja...!

Las risas de los dos se alejaron y dejaron al fin de oírse. Luego, de pronto, pareció soplar una fuerte racha de viento, la niebla desapareció y todo volvió a verse con su apariencia habitual.

Pero ya no se veían dos figuras humanas en lo alto de la colina...

**FIN**



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

# Selección
# TERROR

que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

**¡Asegure su ejemplar!**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA PTAS.

Impreso en España